BOLETÍN OFICIAL DEL Arzobispado de Burgos

Tomo 158 / N.º 7 y 8 / Julio y Agosto 2016

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Tomo 158 – Núm. 7 y 8 Julio-Agosto 2016

Dirección y Administración
CASA DE LA IGLESIA

El Arzobispo

Mensajes

I

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, ROSTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

(5-6-2016)

El segundo viernes después del día de Pentecostés celebra la Iglesia la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, al cual está dedicado tradicionalmente el mes de junio. Por eso este domingo, en el Año de la Misericordia, os invito a descubrir el valor de esa devoción y a integrarla en vuestras prácticas de piedad. El Papa Francisco sintetiza de un modo tan sencillo como profundo lo esencial de esta devoción: "*¿Quieren aprender a amar? Miren el Corazón de Jesús"*. Y de esta fiesta nos dice

que "*es la fiesta del amor*", un corazón que ha amado tanto, que es la máxima expresión humana del amor de Dios.

La veneración al Sagrado Corazón de Jesús ha impregnado de modo visible, bajo formas diversas, la vida de la Iglesia: son muchos los templos y monumentos, las congregaciones y asociaciones que llevan su nombre; se han realizado numerosos actos de consagración al Sagrado Corazón tanto de modo individual como colectivo; ha dado origen a prácticas de piedad como los primeros viernes de mes o el Apostolado de la Oración, gracias a lo cual muchos cristianos viven con gozo la cercanía del Dios providente, la participación en la Eucaristía, la frecuencia del sacramento de la Reconciliación, la oración asidua y constante, la preocupación por las necesidades de los otros…

Las raíces de esta devoción son antiguas y profundas. El corazón es considerado en numerosas culturas como el santuario de la persona, como el manantial y la sede de los afectos más íntimos y de las actitudes más intensas. La comunicación de corazón a corazón expresa el ideal de las relaciones sinceras entre las personas. Por ello es comprensible que los cristianos, desde los primeros tiempos, centraran su atención en el pasaje del Evangelio de san Juan que cuenta que al Jesús crucificado uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, haciendo brotar sangre y agua; y recuerda a los lectores otras palabras de la Escritura: "Mirarán al que traspasaron" (Jn 19, 34.37). Juan reconoció en aquel signo, aparentemente casual, el cumplimiento de las profecías: del corazón de Jesús, Cordero inmolado sobre la *cruz*, brota el perdón y la *vida* para todos los hombres.

Efectivamente la mirada contemplativa y amante de los cristianos descubrió en el corazón traspasado de Jesús una expresión máxima y conmovedora de la misericordia de Dios: en ese corazón de carne, carne humana como la nuestra, se desvelaban los sentimientos del Hijo enviado como revelador y salvador, que nos amó hasta el extremo. Los cristianos siempre han representado al Resucitado con sus llagas, para no olvidar el duro camino que le condujo al triunfo de la glorificación. El corazón traspasado recuerda la realidad de la Encarnación, la seriedad de su amor, la garantía de su comunicación permanente con nosotros, la victoria del amor sobre el mal y sobre el pecado. Los místicos han experimentado la misericordia de Dios en el corazón de Jesucristo y por ello han sentido la urgencia de devolver amor por amor.

En el siglo XVII la devoción al Sagrado Corazón de Jesús adquirió un desarrollo extraordinario a partir de las apariciones de santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial. Esta piedad ejerció un influjo beneficioso en aquellas circunstancias, especialmente como contrapeso a dos tentaciones que aún conservan su seducción entre nosotros: por un lado, frente al racionalismo (que potenciaba la secularización y la irrelevan-

cia de Dios) la devoción al Corazón de Jesús hacía percibir su proximidad, su cercanía, su providencia; por otro lado, frente al jansenismo (que acentuaba el rigorismo moral y justicia de Dios) ponía en primer plano su compasión y su voluntad de perdón. A lo largo del siglo XX Papas como Pío XII o Juan Pablo II, y teólogos influyentes como Congar y Rahner, han recomendado y profundizado esta devoción, mostrando que en el Sagrado Corazón de Jesús se condensa el núcleo del misterio cristiano y de la espiritualidad.

El Año de la Misericordia es una ocasión magnífica para recuperar una rica tradición espiritual que puede enriquecer y alimentar nuestra fe, y nuestro encuentro con el amor que brota de la Trinidad Santa y que se expresa de modo insuperable en el corazón traspasado de Jesús. Al referirnos al corazón de Cristo, nos acercamos a la persona de Jesús en la plenitud de su amor. Y la práctica general de esta devoción, debe tender, sin duda alguna, a amar como Él nos amó y nos sigue amando.

II

LA IMPORTANTE TAREA DE EDUCAR

(12-6-2016)

El curso escolar está tocando a su fin. Dentro de poco, muchos niños, adolescentes y jóvenes podrán disfrutar de unas deseadas vacaciones que siempre serán un buen momento para compartir más tiempo con la familia, los amigos y los diversos ambientes en los que se van a encontrar durante el verano. Quizá vayan a los pueblos de los abuelos o más lejos a conocer ciudades, países y culturas lejanas. Algunos, por motivos diversos (económicos, familiares, sociales…), tendrán su merecido descanso en el entorno habitual.

Ahora bien, aunque el curso escolar termine, la importante tarea de educar sigue. Sigue en las vacaciones, en los tiempos de ocio, en la convivencia familiar, en las vivencias religiosas, en el encuentro con los demás, en tantas experiencias que siempre dejan su huella en la vida de todas las personas y especialmente durante su infancia y adolescencia; porque es ahí donde se cimenta la construcción del "edificio" de la educación para la vida.

Nuestro Papa Francisco, se ha referido a la importancia de la educación en muchos momentos y situaciones e insiste en la importancia de esta tarea para las sociedades, países y religiones. Él ha podido constatar cómo en muchas partes la educación formal aún no es un bien preciado al que puedan acceder todos. Se lamenta de este déficit y de que no exista una educación

adecuada que fomente personas libres, firmes y críticas ante ideologías y sistemas que no promueven este bien educativo de modo integral y solidario para que pueda llegar a todos. En un encuentro en Roma con escolares italianos se refiere a la necesidad de una educación integral, que tenga en cuenta el desarrollo de todas las dimensiones de la persona humana. Y dice*: "Os deseo a todos vosotros, padres, profesores, estudiantes, personas que trabajáis en la escuela… os deseo un buen camino juntos, un camino que haga crecer en los tres idiomas que una persona madura debe saber hablar: la lengua de la mente, la lengua del corazón y la lengua de las manos; pero armoniosamente, es decir, pensar bien lo que sientes y lo que haces, sentir bien lo que piensas y lo que haces, y hacer bien lo que piensas y lo que sientes"*.

Dentro de los diversos ámbitos que contribuyen a la educación, la formación cristiana constituye un pilar fundamental para aquellas personas que quieren acoger libremente la buena noticia del Evangelio. El año 2013 los obispos españoles ofrecimos unas *Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe*. Decíamos que *"es verdad que percibimos las necesidades y que son muchas las dificultades para que la comunicación de la fe, en la tradición viva de la Iglesia, sea acogida… Pero estamos persuadidos de que, a pesar de todo, y desde una sana antropología, los niños, adolescentes y jóvenes poseen un gran depósito de bondad, de verdad y de belleza… Con todo, ellos llevan dentro de sí la búsqueda de la verdad y el ansia por el sentido último de su vida, en consecuencia, la búsqueda de Dios"*.

Reconozco y agradezco que muchos padres os intereséis y comprometáis en la educación de vuestros hijos. Sé que experimentáis gran dificultad en la comunicación de los valores y criterios que consideráis referencias importantes para su vida personal y social. Asimismo, padres y madres creyentes sufrís la misma dificultad a la hora de transmitir la fe a vuestros hijos. Pensad que la educación no es cosa de un día; convenceos de que todo lo que hagáis, de una forma u otra, tiene influencia en ellos. Como decía Einstein "dar ejemplo no es la principal manera de influir en los demás, es la única". No dudéis que vuestra dedicación, atención y paciencia, con la ayuda de Dios, dará su fruto.

Reconozco también y agradezco, a pesar de tantas dificultades, el esfuerzo grande y la entrega generosa de tantos catequistas. Contribuís a la educación de la dimensión religiosa y al conocimiento y vivencia de la fe cristiana en las distintas etapas del itinerario catequético. Constituís uno de los mejores frutos de nuestra Iglesia de Burgos. Comprobamos con satisfacción cómo la catequesis va mejorando en muchos casos en sus distintas dimensiones: en la exposición del mensaje cristiano, en la iniciación a la oración, en el estímulo a la escucha de la Palabra, en la sencillez y hondura de las celebraciones, en las propuestas de vida cristiana, en la invitación al seguimiento de Cristo.

Los centros educativos, en sus distintos niveles, y con la inestimable tarea de los educadores, colaboráis de manera significativa al proceso de socialización de los niños y jóvenes. Sois depositarios de la confianza de los padres y de la sociedad en la tarea de comunicar los valores más relevantes de la cultura, desarrollando de modo progresivo las capacidades físicas, intelectuales y morales de los alumnos. En este proceso educativo la enseñanza de la religión y la escuela católica tienen la misión de integrar la dimensión religiosa de la persona y, más en concreto en nuestra cultura, la tradición de la fe cristiana.

Alguien ha dicho que la educación es como un iceberg, en el que, según los expertos, la parte que está bajo el agua y que aguanta todo su peso, es 10 veces más grande que la parte que podemos ver. En educación también hay una parte que es visible y otra parte «bajo el agua»: educación en valores, ética, social, emocional… que es la que realmente aguanta todo su «peso». No siempre a esta parte se le presta toda la atención que merece y el iceberg se puede resquebrajar…

Invito a todas las instituciones implicadas a colaborar en este proyecto al servicio de una educación integral. Hoy necesitamos educadores que sean maestros y testigos; o, mejor, testigos para ser maestros. Confío en vosotros, cristianos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, apasionados en la noble tarea de la educación y dispuestos a ofrecer lo mejor al servicio de las personas, siguiendo los criterios del Evangelio y como miembros de la Iglesia. Y, a vosotros, niños, adolescentes y jóvenes, os deseo un feliz verano y os invito respetuosamente a participar de la educación cristiana durante el próximo curso, tanto en las parroquias como en las clases de religión.

III

EL PALIO ARZOBISPAL, SIGNO DE LA UNIDAD Y DE LA CATOLICIDAD DE LA IGLESIA

(19-6-2016)

El próximo día 29, festividad de San Pedro y San Pablo, no podré celebrar con vosotros esta fiesta especial porque debo asistir en Roma a un acto profundamente significativo para mí, como arzobispo, y para nuestra Iglesia local. San Pedro congrega a los burgaleses para la fiesta y a la vez congrega en Roma, en torno al Papa, a los arzobispos nombrados durante el último año para la bendición del palio, signo del ministerio y del servicio que prestan en la Iglesia. Os aseguro que me cuesta no estar en Burgos ese día, pero la distancia física quedará superada por un entrañable recuerdo para todos vosotros junto al Papa y una profunda comunión eclesial.

El palio es un distintivo a modo de vestidura litúrgica que consiste en una banda de lana blanca, adornada con seis cruces de seda, cosida en forma circular, que rodea los hombros, con dos tiras que caen sobre la espalda y sobre el pecho. Fue inicialmente usado por el Papa ya en el siglo IV y posteriormente lo fue otorgando también a los arzobispos para expresar la fidelidad y la comunión de éstos con el obispo de Roma. Por eso nos reunimos en Roma, junto a la tumba del apóstol San Pedro, para participar en la Eucaristía en la que el Santo Padre bendice los palios.

La lana del palio procede de corderos bendecidos por el mismo Papa en la fiesta de santa Inés, y los palios quedan depositados junto a la tumba del apóstol Pedro hasta el momento de ser bendecidos solemnemente por el Papa para los nuevos arzobispos nombrados durante el año, en la Eucaristía de la fiesta de San Pedro y San Pablo.

Este acto al que somos convocados es un acto que, como arzobispo de Burgos, viviré con una intensidad especial. Pero no como algo individual, sino como un acontecimiento eclesial, que afecta al conjunto de la diócesis. Recuerdo la hondura espiritual de las palabras que escribió en el siglo III San Cipriano y que nos han sido repetidas por el Vaticano II: *"El obispo está en la Iglesia (en su Iglesia diocesana) y la Iglesia en su obispo"*. Por eso acudo a Roma como representante de la diócesis, con el gozo y la responsabilidad de sentirme profundamente unido a todos vosotros. Juntos debemos vivir este acontecimiento eclesial como una experiencia de la unidad y de la catolicidad de la Iglesia. Pues en torno a Francisco nos congregaremos arzobispos procedentes del mundo entero, mostrando así la variedad y la pluralidad de la comunión eclesial, en la Iglesia universal.

Ciertamente es un momento especial para expresar mi comunión, y la de todos los católicos de Burgos, con el Papa, así como mi fidelidad a su ministerio pastoral; él es la garantía y el signo visible de la unidad de la Iglesia, pues todo obispo ejerce su ministerio "con Pedro y bajo Pedro". Esta actitud se simboliza en el palio que se nos entrega. Más adelante tendrá lugar la ceremonia de la imposición del palio, que realizará el nuncio del Papa en nuestra Catedral de Burgos, para mostrar que el arzobispo tiene condición de metropolita, es decir, que debe servir a la comunión entre las diócesis hermanas, sufragáneas, que constituyen la provincia eclesiástica.

Estoy seguro de contar con vuestro recuerdo y vuestra plegaria, ya que sois también protagonistas de este acontecimiento eclesial, para que Dios me ayude a vivir mi servicio episcopal entre vosotros siguiendo las recomendaciones que el Papa Francisco dirigía a los arzobispos en la celebración del año pasado: *"sed hombres y maestros de oración para ayudar a descubrir la primacía de la gracia; sed hombres y maestros de fe, de la fe recibida de los apóstoles; sed hombres de testimonio, testigos valientes, convencidos y convincentes porque vivís con coherencia lo que anunciáis y proclamáis"*.

IV

ESTAMOS DE FIESTA

(26-6-2016)

Estamos viviendo estos días las fiestas mayores de nuestra ciudad de Burgos en honor a los santos Pedro y Pablo, que alcanzarán su cumbre el miércoles 29 de junio. Los próximos días suponen un momento de parón en el ritmo ciudadano que adquiere un aire festivo de encuentro y descanso. Con los inicios del verano y de las vacaciones escolares, nuestra querida ciudad se transforma y cambia de aires llenándose las calles de música, actividades diversas, reuniones informales, encuentros de amigos, acogida de los que llegan de fuera… Los niños y los jóvenes, como siempre en estas ocasiones, las vivirán de un modo especial. No podemos olvidar con agradecimiento a los que las pasarán con el plus de trabajo que suponen estos días por sus especiales funciones de servicio ciudadano. Todos reviviremos momentos tradicionales importantes que nos congregarán como pueblo y acrecentarán nuestros lazos e identidad.

Y lo que durante estos días viviremos en Burgos, también lo iréis celebrando sucesivamente, a lo largo de los próximos meses, en los diversos lugares de nuestra provincia, teniendo como motivo diferentes advocaciones marianas o fiestas de los distintos santos que son patronos de vuestras localidades. A la Virgen acudimos siempre con fe y con devoción como hijos que la quieren, que la admiran, y que vuelcan en su corazón de Madre alegrías y penas, cariño y confianza. En los santos encontramos no sólo un modelo y ejemplo, sino un signo de la providencia y bendición de Dios que envuelve nuestra vida colectiva, y que por ello son invitación para la celebración y la fiesta.

Me gustaría compartir con vosotros tres afirmaciones que hace el papa Francisco a propósito de la fiesta y que nos pueden ayudar a vivir mejor estos días tan singulares. El primer pensamiento que quiero recordar es el que afirma que «la fiesta es una invención de Dios». En efecto, tras el trabajo realizado en la obra de la creación, Dios se paró para contemplar la obra ejecutada. Él mismo hizo fiesta que le permitiera enseñorearse sobre lo que había salido de sus manos y disfrutar gozosamente de lo realizado. La fiesta, por tanto, tiene una dimensión de descanso que nos hace crecer y tomar conciencia de nuestra propia dignidad sobre las cosas, que están siempre a nuestro servicio. Las fiestas pertenecen, por tanto, a estos tiempos obligados de descanso que no son únicamente de reposo del cuerpo, sino que tienen otra dimensión más trascendente por lo que suponen de mirada diferente a nuestro mundo, de dominio y control de ritmos de trabajo que nos esclavizan, de liberación de tantas dinámicas de lucro y beneficio que muchas veces nos someten.

Por eso, y repitiendo palabras de nuestro Papa, «es importante hacer fiesta»: una fiesta que, celebrada con la dignidad que se debe y se merece, nos ayude a crecer como personas, como pueblo, como sociedad, como familia… La fiesta, lo sabéis bien, tiene unas connotaciones muy humanas que os invito a cuidar en estos días con esmero: es un tiempo esperado y deseado por lo que supone y contribuye a mirar nuestra casa interior y a cultivar esos aspectos que, a lo largo del año, quizás no tenemos tiempo para cuidar; es el tiempo propicio para acoger a los amigos que puede que hospedemos o con los que nos encontraremos sin prisas; es el momento privilegiado para hacer familia, para pasar el tiempo juntos, para crecer como pareja… ¡Qué bella es la fiesta cuando se disfruta como familia y nos ayuda a compartir juntos! Pero sobre todo, qué hermosa es la fiesta por lo que nos ayuda a sentirnos pueblo, a gozar con nuestra propia historia, nuestras tradiciones y nuestra identidad; por lo que contribuye también a integrar las tradiciones y quehaceres de los que, viviendo en nuestra ciudad, vienen de fuera como sé que hacéis las casas regionales o las asociaciones de emigrantes: el sentido de pertenencia a una comunidad de la que formamos parte, y que es pieza fundamental del sentido de la fiesta, es hoy imprescindible para tener elementos sólidos que nos permitan la integración de todos y el deseo de luchar así contra la exclusión social.

Finalmente, el papa Francisco nos señala un tercer aspecto de la fiesta: «*E*l tiempo de la fiesta es sagrado porque Dios lo habita de una forma especial». He podido compartir con vosotros algunas de vuestras fiestas más populares y he podido comprobar esa íntima unión realizada a lo largo de los siglos entre una fe que se ha hecho fiesta y cultura. También eso es hermoso: Dios se hace presente en estos momentos de gozo para acompañar los ritmos de alegría del pueblo y ser motivo de encuentro y fiesta. Nuestro Dios nos ayuda a vivir desde el gozo y la alegría profunda de sentirnos salvados y amados entrañablemente. Nuestro Dios quiere que seamos felices en la unión con Él y entre nosotros. Por tanto, olvidar las razones religiosas que provocan, alimentan y sostienen estas fiestas puede conllevar a una deriva peligrosa que no nos ayudaría como sociedad.

San Pedro y San Pablo, cuya fiesta celebraremos el próximo miércoles, nos muestran la belleza de una amistad curtida con el Señor. Que en su honor pasemos todos unas felices fiestas y crezcamos personal y comunitariamente. Lo deseo de corazón.

Obispo emérito de Jaén

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

(Catedral, 29-6-2016)

Pronunciada por Mons. Ramón del Hoyo López,
Obispo Emérito de Jaén

1. Hoy honramos solemnemente a San Pedro y a San Pablo, "Apóstoles de Cristo, columnas y fundamento de la ciudad de Dios", como canta la liturgia de este día. Bajo su patronazgo pusieron nuestros antepasados a esta querida Ciudad de Burgos. A ellos seguimos encomendándonos en medio de la alegría de estas fiestas.

Saludo al Excmo. Cabildo Metropolitano de esta Catedral, sacerdotes, personas consagradas y fieles reunidos en este santo templo.

Un saludo al Sr. Alcalde, Presidente de la Diputación, autoridades civiles y militares, reinas y damas de honor de las fiestas, falleras, peñas…, Orfeón burgalés.

Nuestro recuerdo muy especial y felicitación, desde aquí, a Mons. Fidel Herráez, nuestro querido Sr. Arzobispo, que recibe en estos momentos en Roma, de manos del Santo Padre, el palio que se entrega, con ocasión de esta solemnidad, a todos los arzobispos designados en la Iglesia católica durante el último año, como es el caso de D. Fidel.

Se trata, como sabéis, de un antiguo signo litúrgico, expresión de la comunión especial de estos pastores, que presiden provincias eclesiásticas, con el sucesor de Pedro.

Tejido con lana de corderos, el palio nos recuerda al Buen Pastor que carga sobre sí a la oveja perdida, para que vuelva al redil. Ese palio, por tanto, se convierte en símbolo del pastoreo del arzobispo de esta Archidiócesis a los fieles diocesanos desde su comunión con el sucesor de Pedro.

2. Sabemos que los apóstoles San Pedro y San Pablo fueron las columnas de la Iglesia nacida de las manos de Jesucristo, junto con los demás apóstoles.

San Ireneo, Obispo de Lyón, ya a mediados del S.II, se refiera a la Iglesia fundada y constituida en Roma *"por los dos gloriosísimos apóstoles, Pedro y Pablo"* (Adversus haereses. III, 3.2). Y poco tiempo después, en el norte de África, escribía Tertuliano: *"¡Feliz Iglesia de Roma, porque fueron los apóstoles mismos (Pedro y Pablo) quienes derramaron en ella, juntamente con su sangre, la doctrina!"* (La prescripción de los herejes, 36).

Los dos son fundadores de la nueva Roma cristiana, como Rómulo y Remo de la ciudad antigua de las siete colinas. Unieron sus vidas desde la misma fe y entrega al evangelio de Jesucristo, y su martirio fue el final de su recorrido misionero.

Pedro quiso abrir las puertas de la Iglesia a todos los pueblos, no a una sola nación o cultura, y quiso la providencia que este mandato de Jesús lo desarrollara no en Jerusalén, donde Pedro encomendó la presidencia de aquella Iglesia al Apóstol Santiago, sino desde Roma, ciudad entonces, centro del imperio romano y de la universalidad.

El Apóstol Pablo, por su parte, llegó a Roma por motivos distintos. El consideró que la tarea que Cristo le había encomendado era llevar su evangelio hasta los últimos confines del mundo. Así lo hizo por toda Asia Menor, Chipre, Grecia. Y ese recorrido pasaba por Roma hasta llegar a España "finis terrae", como se la consideraba entonces.

Así aparece en su carta a los romanos en la que leemos: *"Cuando me ponga en camino hacia España, espero veros al pasar y, después de haber disfrutado un poco de vuestra compañía, que vosotros me encaminéis hacia allá"* (Rm.15,24). Esto escribía a los fieles de Roma.

Pensaba, por tanto, hacer una especie de parada en Roma, pero debió sorprenderle la persecución que le condujo al martirio, como al Apóstol San Pedro. No se sabe, desde luego, si completó o no su sueño de llegar a España. Una tradición fundada sostiene que estuvo en Tarragona, como sabemos.

Los dos apóstoles anunciaron el evangelio de Cristo en Roma, y dieron su testimonio supremo con la entrega de sus vidas, a poca distancia en el tiempo y en el espacio, bajo la persecución de Nerón (S.I).

San Pedro fue crucificado en el lugar que ocupa hoy la basílica vaticana que lleva su nombre. Allí se encuentra su sepulcro. San Pablo fue decapitado a las afueras de la ciudad de Roma, en la vía Ostiense, en lo que hoy es la basílica mayor dedicada a su nombre. Allí se encuentra también su sepulcro (1ª Lectura).

3. En coincidencia con esta fecha, la cristiandad entera mira en el día de hoy, de manera muy especial, al sucesor de Pedro, al Obispo de Roma.

Es el día del Papa, decimos, y por eso oramos por él y ponemos en sus manos la colecta de todas las iglesias de la cristiandad.

Hoy vemos en el Papa Francisco, al sucesor de aquel a quien Jesús le dijo un día, cerca de Cesarea de Filipo: *"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia"* (Mt.16,18 – 3ª Lectura). Pedro no era para sí una "roca" sino un hombre débil e inconstante. Sin embargo el Señor quiso convertirlo precisamente en "piedra" para demostrar que a través de un hombre débil, es El mismo quien sostiene con firmeza a su Iglesia y la mantiene en la unidad.

4. Pedimos juntos en esta celebración que el Santo Padre, el Papa, nos confirme y apoye en nuestra fe de cristianos católicos. Que aceptemos siempre sus palabras y enseñanzas.

Necesitamos de orientaciones seguras que marquen un norte y metas altas para nuestra vida. Por otros caminos nuestra existencia no tiene sentido, queda vacía. Al final se llega a una indiferencia egoísta en todo, produciéndose la más profunda soledad personal. Se llega hasta no distinguir entre lo que está bien y lo que está mal.

Es hasta evidente, a poco que nos estudiemos interiormente, que el camino del evangelio de Jesucristo nos enriquece y que la comunión en una misma fe une a las familias, a los pueblos y a las distintas culturas. ¡Qué error querer ignorar y hasta enterrar la cultura cristiana, el evangelio de Jesucristo!

Termino: la misión de San Pedro, primer Papa, y la de sus sucesores, consiste, sobre todo, en servir a la unidad de la Iglesia de Dios y hacen presente entre los hombres, marcados por demasiadas divisiones, la paz de Dios y la fuerza renovadora de su amor. Es la vocación del cristiano.

Así lo pedimos juntos en esta Eucaristía para toda la Iglesia, conducida por el actual sucesor de Pedro, el Papa Francisco, junto al Pastor de esta archidiócesis burgense, D. Fidel Herráez, y para esta noble ciudad de Burgos. Que Santa María la Mayor, acuda también en nuestra intercesión, junto a los Apóstoles Pedro y Pablo. Con mi afecto para todos. ¡FELICES FIESTAS!

✻ ✻ ✻

Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO
MES DE JUNIO

Día 1:	Presentación nuevo equipo de gobierno. Rueda de prensa y toma de posesión. Consejo de la Facultad de Teología del Norte de España. Visitas.
Día 2:	Visitas. Confirma un grupo de adolescentes en la Parroquia de San Juan Bautista, en Burgos.
Día 3:	Eucaristía en las Huelgas. Procesión del Curpillos. Asiste en Valladolid a la ordenación episcopal de Mons. Luis Javier Argüello, nuevo obispo auxiliar.
Día 4:	Visita pastoral a Hontoria del Pinar.
Día 5:	Visita pastoral a la parroquia de la Sagrada Familia.
Día 7:	Consejo de gobierno.
Día 9:	Asiste a la toma de posesión del nuevo Rector de la Universidad de Burgos, D. Manuel Pérez Mateos. Visitas.
Día 10:	Visitas.
Día 11:	Participa en el día de los amigos del Monasterio de HH. Clarisas, de Ntra. Sra. de Bretonera, en Belorado. Preside la procesión y Eucaristía de la Vigilia de las Espigas de la Adoración Nocturna en la iglesia del Monasterio de las MM. Salesas.
Día 12:	Preside la Eucaristía y almuerza en Arcos de la Llana con motivo de la celebración del día del Misionero burgalés. Preside la Eucaristía con motivo del 25 aniversario de la parroquia de San Pedro Regalado, en Aranda de Duero.
Día 13:	Consejo de gobierno. Visitas.

Día 14: Consejo presbiteral. Participa en la reunión de la Mesa de inmigrantes. Consejo asuntos económicos. Visitas.

Día 15: Asiste en Toro a la Reunión de la Fundación "Las Edades del Hombre". Visitas, entre otras, de la Hermandad del Trabajo Nuestra Sra. del Perpetuo Socorro.

Día 16: Preside la Eucaristía de clausura de curso en el Seminario San José. Visitas, entre otras, del nuevo equipo de presidencia del Movimiento Familiar Cristiano.

Día 17: Firma del convenio para la rehabilitación de templos con D. César Rico, presidente de la Diputación Provincial. Visitas.

Día 18: Asiste en la Catedral de Palencia a la ordenación episcopal y toma de posesión de D. Manuel Herrero Fernández, nuevo obispo de Palencia.

Día 19: Preside la celebración de San Romualdo, en el yermo camaldulense de Ntra. Sra. de Herrera.

Día 20: Preside el Consejo de gobierno. Visitas.

Día 21-22: Comisión permanente de la Conferencia Episcopal Española.

Día 23: Visitas. Consejo de Gobierno.

Día 24: Preside la Eucaristía en el Santuario Santa Casilda. Visitas.

Día 25: Preside la Eucaristía de ordenación de tres Presbíteros y un Diácono en la Catedral de Burgos.

Día 26: Viaja a Roma para recibir el Palio como Arzobispo de Burgos.

Día 29: Recibe el Palio de Arzobispo de Burgos de manos del Papa Francisco.

✻ ✻ ✻

Visita Pastoral

I

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DEL BUEN PASTOR DE MIRANDA DE EBRO

El sábado 28 de mayo de 2016 tuvo lugar la visita pastoral de D. Fidel a la Parroquia El Buen Pastor de Miranda de Ebro. Visitó el templo parroquial y las dependencias del mismo. Tras reunirse con los sacerdotes de la Parroquia, saludó a los miembros del Consejo Pastoral y del Consejo de Economía.

Cada miembro del Consejo le fue presentando su realidad. El arzobispo agradeció a todos y cada uno su presencia y su intervención.

Al Consejo de Economía le dijo que la economía, en una parroquia, debe estar siempre al servicio de la comunidad creyente.

A la reunión con el Consejo siguió un ameno diálogo, en torno a un café y unas pastas que se sirvieron al final. Hubo ocasión para preguntar al arzobispo lo que cada uno quiso.

Un poco más tarde, comenzó la reunión con los catequistas. Se le hizo una breve presentación de los distintos grupos de catequesis, y rápidamente tomó él la palabra.

El arzobispo concluyó este encuentro transmitiéndoles su agradecimiento más sincero. Son mediadores de vida y de sentido, porque lo que vivimos en la fe no es solo para ser piadosos, sino para ser buenos hijos de Dios.

El último acto de la mañana fue la visita a Leo, una anciana a la que se atiende de regularmente desde la parroquia. Con Leo mantuvieron un animado diálogo y rezaron juntos, antes de regresar a la parroquia, donde el arzobispo comió con los sacerdotes.

Por la tarde mantuvo un encuentro con algunos de los matrimonios jóvenes.

Después, un rato de oración con los jóvenes.

La recta final de la tarde dio comienzo con un encuentro con los confirmandos y sus padres y padrinos. Intercambiaron preguntas el arzobispo y el público asistente.

Posteriormente el arzobispo se sentó a atender confesiones. Misa estacional, que fue el punto culminante de la visita pastoral. Misa de confirmaciones. Recibieron el sacramento de la confirmación veintinueve jóvenes y cuatro adultos.

Por último, D. Fidel tuvo ocasión de departir con los feligreses y hacerse fotos con ellos antes de regresar a Burgos y de dar así por concluida su visita pastoral a esta parroquia.

II

VISITA A LA UNIDAD PASTORAL DE HONTORIA DEL PINAR

(5-6-2016)

1. RABANERA DEL PINAR: Un grupo de vecinos, con el párroco del pueblo, esperábamos a D. Fidel. De inmediato, al Templo Parroquial. Al subir a la Iglesia, pudo comprobar las vistas tan bellas: está enclavada a más de 1.000 m. de altura. Campanas al aire para recibirle. Dentro del Templo, el párroco le dio la bienvenida en nombre de los parroquianos. Después tomó la palabra D. Fidel manifestándoles su cercanía y afecto. Turno para las preguntas. Rezamos la oración de la visita pastoral. El Alcalde de Rabanera le regaló las réplicas de unos pergaminos medievales de los fueros Rabanerienses. Para finalizar, D. Fidel rezó un responso por todos los difuntos enterrados en el cementerio, saludó a todos los presentes y les dio la bendición.

2. NAVAS DEL PINAR: D. Fidel acompañado del Párroco y Enrique, Diacono permanente, llegó al son de campanas a Navas del Pinar. Directamente, al local de la asociación del pueblo. Allí la gente le esperaba con los enfermos y mayores. Unas palabras de recibimiento por parte del Párroco, otras del Sr. Arzobispo, preguntas… Y entre pregunta y pregunta, D. Fidel fue obsequiado con un café y unas pastas, que también degustaron los presentes. Después, a la Iglesia Parroquial: se rezaron las oraciones de la visita pastoral y un responso por los difuntos. Al terminar, bendijo a los presentes y de modo especial a los mayores y enfermos que allí se encontraban. Y fin de la visita en Navas.

3. HONTORIA DEL PINAR: Misa estacional, concelebrada con el Párroco de San Leonardo, de Hontoria y el diacono permanente y amenizada por el Coro Parroquial: "Hontoria Canta". Asistieron autoridades locales. Visita a la Iglesia. Centro de día de la Localidad: D. Fidel saludó a los ancianos y, tras la bendición, empezamos a comer, junto con los 11 ancianos, autoridades, los miembros del consejo parroquial, el párroco…, en un clima muy distendido. D. Fidel sorprendió a la gente por su cercanía y sencillez. Tras un pequeño descanso, el Señor Arzobispo firmó los libros

parroquiales y a continuación visitamos las dos ermitas de Hontoria, la de San Juan y San Roque.

4. ALDEA DEL PINAR: Último pueblo de la visita. Un matrimonio del pueblo, conocidos de D. Fidel, le dio la bienvenida. Seguidamente hablo D. Fidel, instando a los presentes a hacerle preguntas. Después rezamos la oración de la visita pastoral, cantamos la Salve, y nos dirigimos al local de la Asociación de Aldea del Pinar, donde habían preparado una merienda. Posteriormente D. Fidel fue a confesar y dar la comunión a una enferma. Breve visita a alguna casa típica del pueblo y… el Diacono permanente, Enrique, le recogió con el coche rumbo a Burgos. Final de la Visita Pastoral a la tierra de Pinares.

Toma de Posesión de los nuevos Vicarios

I

AGRADECIMIENTO AL EQUIPO SALIENTE

El arzobispo, con los miembros del equipo saliente.

El acto comenzó con un «agradecimiento sincero» por parte de D. Fidel a su predecesor, D. Francisco Gil Hellín, y al último equipo de gobierno, del que formaban parte tres vicarios territoriales y uno de fe y cultura y que ahora desaparecen como tales.

Fue el hasta ahora vicario de pastoral, D. Máximo Barbero, quien dijo unas palabras en nombre del equipo cesante. Pidió «perdón y disculpas si hubo error por nuestra parte» y mostró su apoyo «a los que entran», «esperanzado» por la «renovación eclesial» que se iba a llevar a cabo esa mañana.

II

TOMA DE POSESIÓN DE LOS NUEVOS VICARIOS

El día 1 de junio tomaron posesión de sus respectivos cargos el nuevo equipo de Vicarios. El acto se desarrolló en la Capilla de la Casa de la Iglesia. Tras el canto del Veni Creator, una breve lectura del Apóstol San Pedro que glosó D. Fidel. Seguidamente D. Fernando García Cadiñanos, nuevo Vicario General y en nombre de todo el equipo, dirigió estas palabras:

Me toca a mí tomar la palabra en nombre de todos mis compañeros nombrados por nuestro Arzobispo D. Fidel como "responsables de algunos servicios diocesanos". Quisiera, con estas notas, manifestar algunos sentimientos que anidan en mi corazón e imagino que en el de mis compañeros. Todos ellos se resumen en tres términos: gratitud, fragilidad, disponibilidad.

Gratitud: *cada uno de nosotros conservaremos en nuestro recuerdo personal la manera cómo D. Fidel nos comunicó su deseo de que formáramos parte de su nuevo equipo de colaboradores para el buen servicio de nuestra Iglesia de Burgos. Desde la sorpresa inicial, que seguro adquirió muchas reacciones, nuestro ánimo se fue mutando en diferentes sentimientos que seguro le expresamos. Todos ellos, estoy convencido de ello, hoy confluyen en una profunda gratitud.*

Gratitud a nuestra Iglesia Diocesana, a la que prometimos un compromiso de servicio y de entrega esponsal, que hoy nos solicita, desde nuestra debilidad, un nuevo compromiso en la única misión de servir al evangelio y de hacer discípulos de Cristo.

Gratitud muy especial a D. Fidel, responsable de la comunión en esta Iglesia local, nuestro padre y pastor, que ha querido contar con nosotros para ayudarle en su misión. Como él mismo nos recordaba no hace mucho, el Obispo preside un Presbiterio del que nosotros formamos parte en su rica y plural diversidad. Gracias D. Fidel por llamarnos a colaborar tan estrechamente con usted en la misión.

Gratitud también a las personas que hasta ahora han estado desempeñando esta labor, con sus cruces y sus luces. Nos sentimos eslabones de una gran cadena que es esta Iglesia que peregrina y camina en Burgos: vosotros habéis abierto surcos, habéis contribuido a que nuestra comunidad cristiana haya sido más fraterna y audaz en medio de nuestra sociedad plural. Gracias por vuestro tiempo y vuestra entrega que a todos nos ha edificado.

La segunda palabra que quiero expresar es la de la ***fragilidad:*** *estoy seguro, y me consta, de que D. Fidel se ha esforzado por buscar un equipo perfecto. Pero hete aquí, que, por mucho que ha buscado, no lo ha podido*

encontrar en Burgos… La fragilidad es la característica principal de estas personas que hoy tenéis ante vosotros. No somos perfectos, ni somos los mejores: en lenguaje teológico, somos "pecadores". En definitiva, somos unos hermanos más a los que hoy, como ayer a otros, se nos pide este servicio a nuestra Iglesia. La tarea encomendada, lo sabemos bien, no es agradable, no es liviana, no es fácil… Somos conscientes que hoy tenemos ante nosotros muchos desafíos, que no son solo nuestros, sino de toda nuestra Iglesia diocesana: el desafío de contribuir a hacer una Iglesia de "puertas abiertas" ante la pluralidad de nuestro mundo, el desafío de la "conversión pastoral" que nos lleve a un fuerte dinamismo misionero, el desafío de convertirnos en "hospital de campaña" que sane tantas heridas que existen hoy en nuestra sociedad, el desafío de ser una Iglesia sinodal que integre la pluralidad desde la parresía y la creatividad evangelizadora…

Si a estos desafíos, y muchos otros que tenemos en nuestra realidad concreta diocesana, añadimos nuestra debilidad, permitidme que exprese lo que me sale de dentro: necesitamos vuestra ayuda. Sé que la vamos a tener, sé que ya nos la habéis ido expresando durante estos días, sé que contamos con ella: la ayuda de vuestra oración y de vuestra plegaria, por eso hemos comenzado este encuentro con la invocación del Espíritu Santo; la ayuda también de vuestras correcciones cuando las creáis oportunas; la ayuda de vuestros consejos siempre tan necesarios; la ayuda de vuestro ejemplo de entrega y de vida creyente que siempre nos edifica y nos ayuda a todos.

La tercera palabra es ***disponibilidad:*** *la misión de un vicario es la de ser colaborador directo del Obispo. Nuestro Obispo, como tantas veces le hemos oído decir, ha venido a nuestra Diócesis con un doble empeño: "quereros y serviros". Querer y servir a todos y cada uno, como repetidas veces nos reitera. En esa misión cuenta ya con cada uno de nosotros: y en este servicio tiene pleno sentido nuestra disponibilidad, que hoy explicitamos, de vida, tiempo y acción.*

Querer y servir en primer lugar a nuestros hermanos sacerdotes, de los cuales somos ya los últimos, porque "el que quiera ser primero que sea el servidor y el último de todos"; querer y servir a nuestras comunidades cristianas (parroquias, movimientos, grupos, comunidades religiosas…) que están llamadas a edificar y ser fermento del Reino de Dios ya presente entre nosotros; querer y servir a nuestra sociedad, a los no creyentes o creyentes de otras religiones, a los cuales también estamos llamados a entregarnos y donarnos para que alcancen el pleno desarrollo de sus vidas; querer y servir a los más pobres, que no se nos puede olvidar, son los destinatarios primeros de la evangelización en la cual estamos empeñados.

Nuestro Obispo nos recordaba, en esa carta que dirigió hace unas semanas a toda la comunidad diocesana, que, "un cargo no es un privilegio

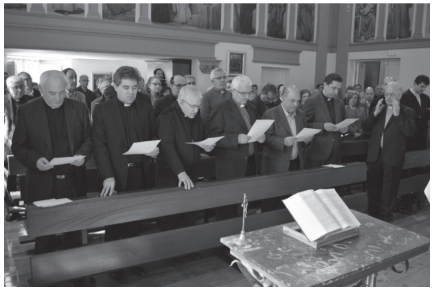
sino un encargo; un nombramiento es una responsabilidad; y una tarea encomendada es un compromiso de servicio en gratuidad generosa". Desde ese convencimiento, y desde la fuerza y frescura del que acoge algo nuevo, la disponibilidad se visibiliza en esta Casa de la Iglesia que hoy y siempre quiere ser una casa de todos, abierta a todos, al servicio de todos.

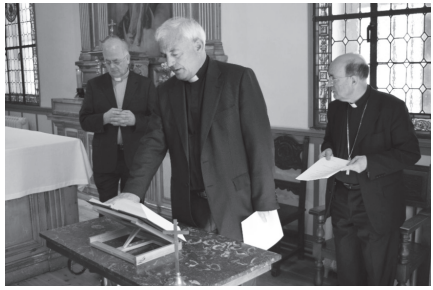
Una última consideración. Nuestro comienzo de servicio se inicia en este primer día del mes de junio: imagino que, como no existe casualidad en la Iglesia, sino Providencia, esta fecha no haya sido elegida únicamente (permitidme la broma) para conseguir la paga completa del mes, sin necesidad de prorratearla, sino para que podamos sacar unas últimas lecciones. Seguro que todos sabemos que estos días celebramos la fiesta de dos grandes santos burgaleses que pueden ayudarnos mucho en estas tareas que hemos comentado: hoy celebramos a S. Iñigo de Oña, aquel santo que rigió el monasterio de Oña y que destacó fundamentalmente por ser sabio consejero de reyes, nobles y personas de toda condición. Y el secreto de su sabiduría, según nos cuentan las crónicas, estaba en su profunda vida espiritual de entrega y donación a Dios. No me queda más que desear que aprendamos de él esa vida profunda que nos ayude en esta tarea de aconsejar y de edificar una Iglesia más comprometida y servidora de nuestra sociedad. Y mañana celebramos la fiesta de S. Juan de Ortega, nuestro santo peregrino: nos recuerda la condición peregrina de nuestra vida, también de nuestros propios nombramientos. Pero sobre todo, nos recuerda la condición de entrega y servicio para con todos los que peregrinan con nosotros; nuestra tarea, como la de S. Juan de Ortega es la de construir puentes, es decir, dotar de estructuras, de realidades, de puentes que nos ayuden a cruzar y a caminar mejor por nuestra vida diocesana. Que ambos santos, rueguen e intercedan por nosotros.

Acto seguido, el Canciller Secretario leyó los nombramientos y, concluida la lectura, los entregó en mano a cada uno. Posteriormente, los nuevos Vicarios hicieron la Profesión de Fe y el Juramento de Fidelidad. Y con un canto a María concluyó la Toma de Posesión. Para todos ellos, nuestra oración y nuestra felicitación más sincera.

III

REPORTAJE GRÁFICO DEL ACTO





* * *

Secretaría General

I

ÓRDENES SAGRADAS

El día 25 de junio, a las 11 de la mañana y en la Santa Iglesia Catedral, fueron ordenados Presbíteros Luis Renedo Juárez, Juan Antonio Cabrera y Eduardo María Pérez. Recibieron la ordenación de manos del arzobispo junto a Henry Osvaldo Gómez, que fue ordenado diácono. La catedral quedó pequeña para la celebración de las primeras órdenes sagradas, presididas por D. Fidel. Para todos ellos nuestra más cordial felicitación.

II

JUBILACIÓN DENTRO DE LA SEGURIDAD SOCIAL DEL CLERO

El Sr. Arzobispo ha aceptado la solicitud de jubilación "dentro del sistema de la Seguridad del Clero" al Rvdo. D. León Carrera Torres.

III

CARNET DE SACERDOTE

Todos aquellos presbíteros que deseen tener carnet de sacerdote, pueden adquirirlo en la Secretaría General del Arzobispado. Queremos hacer una cosa digna. Es necesario, para ello, enviar o traer foto actualizada y los siguientes datos: fecha de nacimiento, fecha de ordenación y el DNI. Tenemos que caer en la cuenta de que, cada vez más, se nos va a exigir fuera de la diócesis.

He pedido presupuesto a una imprenta y, haciendo más de 50, lo hacen por un precio módico. Pero tenemos que llevarlos todos a la vez. Por eso os agradecería lo enviarais antes del 20 de julio. En un plazo de dos días estará a vuestra disposición.

IV

CARTA DEL OBISPO DE CANARIAS A D. FIDEL

Con fecha 25 de abril del año en curso, el Obispo de Canarias escribió una carta a D. Fidel solicitando la ayuda de algún sacerdote de Burgos para su diócesis.

Razones que da: *"Nuestra Diócesis de Canarias, con una población de 1.100.000 habitantes, y un fuerte impacto de secularización, solo dispone de 135 Sacerdotes Diocesanos en activo, y 12 más Sacerdotes Consagrados en Parroquia. Cuando hablo de Sacerdotes en activo no debo ocultar que 7 de ellos ya pasan de los 80 años, y otros 13 están entre 75 y 79 años. Llevamos ya un proceso de reflexión en nuestro Presbiterio, incluido el tratamiento del tema en el Consejo Presbiteral, sobre los modos de afrontar esta grave problemática.*

Dos o tres Sacerdotes, en equipo, que podrían incluso si lo desean vivir en la misma Casa Parroquial, atendiendo un grupo de Parroquias, sería una bendición."

Conscientes de que en nuestra diócesis también somos cada vez menos, no podemos cerrarnos a otras cuya situación es peor. Así pues, si alguno estuviera interesado en tantear este requerimiento, puede manifestarlo al Sr. Arzobispo.

V

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. ESTEBAN FUENTE RODRÍGUEZ

Sacerdote Diocesano

D. Esteban nació en Las Hormazas el 21 de noviembre de 1931. Cursó sus estudios en el Seminario Diocesano de Burgos. Fue ordenado sacerdote el 17 de julio de 1955. Su primer destino: Rublacedo de Arriba y de Abajo y Carcedo de Bureba. Y desde el año 1967 hasta 2011, en el Santuario de Santa Casilda, sirviendo también Buezo, Galbarros, Caborredondo, San Pedro de la Hoz, Ahedo de Bureba, Salinillas de Bureba y Revillalcón. Llevaba cinco años en la Casa Sacerdotal. Falleció en el UBU el día 28 de junio, de madrugada. El funeral, presidido por el Vicario Episcopal para el Clero, se celebró en la Catedral. Sus restos descansan en el cementerio de San José de Burgos. Quién fue Esteban Fuente, lo describen maravillosamente los artículos siguientes.

A

ESTEBAN FUENTE RODRÍGUEZ

Corrían los días del mes de Julio de 1978. En Briviesca. Era la tarde del día 24. Había estado varias horas trasladando bancos y otros enseres de la Iglesia de San Martín a la de Santa María. Al atardecer un conocido me propone: ¿me acompañas a Santa Casilda? No dudé al responder. Había oído hablar de la Santa, de los panes convertidos en flores, del pozo blanco, de…pero no había estado nunca. Tras sortear las numerosas curvas llegamos al Santuario. Allí nos encontramos con un cura más bien bajo, ensontanado, campechano, que vivía con sus padres en una casa que a la vez era tienda de recuerdos… Pronto me di cuenta de que estaba ante un hombre sincero, libre, honrado, noble, sin doblez, austero, veraz; ante un

sacerdote fiel, creyente sin alambicados intelectuales, servidor de todos en este rincón de La Bureba. Esta primera impresión el tiempo me la ha ido confirmando.

De su madre Eulogia, había heredado la sencillez, la simpatía y generosidad sincera, esa que nace de haber sentido muy de cerca la necesidad y que lleva, cuando se tiene, a repartir. Aún recuerdo cuando me encontré a los pocos días de ser ordenado sacerdote con ella: hay gestos y expresiones que no se olvidan jamás; de su padre Valentín, el trabajo, el silencio, la austeridad que sabe acomodarse, adaptarse y gozar con todo. Y así, con esta herencia genética era nornal que en Esteban la generosidad fuera un imperativo categórico, la sencillez, el trabajo, la sinceridad y la austeridad una exigencia natural.

Son muchos los recuerdos y anécdotas vividas juntos. Cómo recuerdo aquellas tardes en las que, estando acampados en Poza de la Sal, veníamos a Briviesca de marcha, y por la noche subíamos a dormir a Santa Casilda. Antes Esteban ya nos había agasajado… Me gustaba verle jugar a las cartas. En esto era un maestro. ¡Cómo disfrutaba, incluso cuando perdía! ¡Cómo disfrutaba con todo, hablando con la gente en su lenguaje! Aún le veo hablando con mis padres de todo….; ¡qué recuerdos del 21 de Noviembre, su cumpleaños, reuniéndonos a un montón de amigos con él … y es que, con Estaban, uno se sentía feliz!

Si la casualidad es el pseudónimo con el que Dios firma, ha sido la casualidad (la Providencia) quien ha preparado todo para que Esteban, el 24 de Junio, volviera a su Santa Casilda y allí, a iniciar la procesión, el corazón grande de Esteban sufriera una lesión mortal. El bien hacer de unos amigos posibilitó fuera trasladado con vida al hospital pero estaba herido de muerte. Y hoy, 28 de Junio, ese corazón impotente, se ha parado para siempre.

Descansa en paz, Esteban, con los tuyos. Te recordaremos, pero sabemos que nuestro recuerdo no te sirve de nada; por eso los que te conocimos oramos: “Recuerda, Señor, a tu sacerdote Esteban”. En ese recuerdo eterno, por tanto vivificante, te dejamos.

¡Descansa en paz!

Jesús Yusta Sainz

B

EN SANTA CASILDA. D ESTEBAN

En el Santuario de Santa Casilda tenía que ser, no podía ser en otro lugar. En tu casa. En nuestra casa. En el lugar donde tantas y tantas veces has honrado con tu presencia y por el que te has desvivido sin pedir nada a cambio. Nada. Te fuiste sin poder celebrar la que iba a ser tu última misa, en el mismo lugar en el que yo tantas veces, en esos más de trece años que compartimos juntos, te he visto entrar en solitario para cumplir con tu obligación de sacerdote. Poco te importaba que estuviera lloviendo, nevando o haciendo un sol de justicia pues tu Santa te esperaba. A ti.

Esa mañana de San Juan también te esperaba. Estabas ilusionado, con camisa nueva, pues el nuevo Arzobispo iba a conocer la que había sido tu casa durante tantos años. Estabas pletórico, nervioso. Llegaste con antelación pues todo debía estar perfecto. Pero, justo, antes de abandonar el templo para realizar la procesión, como si el destino no quisiera que salieras de tu casa… ocurrió la tragedia. Pero, ese lugar, ese Santuario es especial, y volviste a la vida el tiempo justo para que nuestro arzobispo Fidel celebrara su primera Eucaristía en tu casa, en tu Santuario. Seguro que la Santa intercedió en este momento crítico. Quería que pudieras despedirte del que había sido tantos años tu hogar, tu casa.

Don Esteban, no olvidaré todas esas noches que hemos compartido y departido en tu casa mientras veíamos el futbol o escuchábamos el telediario. Tampoco olvidaré cuando nos sentábamos en el banco de piedra corrido de la pared del restaurante y dejábamos que el sol y la paz del Santuario nos golpeasen con delicadeza. Hablábamos de todo, de lo humano y de lo divino, como dos amigos que necesitaban un momento para analizar todo lo que nos rodeaba. Éramos diferentes, muy diferentes, y estábamos solos… pero eso nunca nos importó. Hoy te digo que muchos de los consejos que durante años me diste te aseguro que los seguí a pies juntillas, sin ni siquiera cuestionarlos por un momento, y yo sé que, en parte, ellos me han hecho crecer como persona, pues cuando te conocí era poco más que un chico al que se le caían los mocos, como te gustaba decirme.

Hoy, Roberto el "escritor" o el chico de Santa Casilda, como les decías a tus amigos esbozando una sonrisa con tu voz socarrona, se despide de ti dándote las gracias por todo lo que has hecho por mí y esperando que allá, al lado de nuestra Santa, no puede ser en otro lugar, intercedas por ese chico que cumple los años el mismo día que tú, pues hasta para eso éramos especiales.

Descansa en paz D. Esteban llevándote todo mi reconocimiento y homenaje. Gracias.

ROBERTO *(Hospedero santa Casilda)*

Rvdo. D. VALERIANO ACHIAGA FÚSTEL

Sacerdote Diocesano

D. Valeriano nació en Los Barrios de Bureba el 12 de septiembre de 1928. Cursó sus estudios en el Seminario Diocesano de Burgos y en la Universidad Pontificia de Salamanca donde obtuvo la Licenciatura en Sagrada Teología. Fue ordenado sacerdote en Burgos el 26 de octubre de 1952.

Fue párroco de Cilleruelo de Abajo durante tres años. El año 1955 solicitó permiso para incorporarse en el Cuerpo de capellanes castrenses del Ejército, fijando su residencia en Valencia. Falleció en esta ciudad el día 28 de junio de 2016 y sus cenizas fueron depositadas el día 1 de julio en el cementerio de Los Barrios de Bureba, su pueblo natal. Descanse en paz.

Sección Pastoral e información

Delegación de Medios de Comunicación

NOTICIAS DE INTERÉS

I

El papa Francisco bendice los palios de los nuevos arzobispos

(29-6-2016)

El pastor de la diócesis, don **Fidel Herráez Vegas**, participó en la mañana del día 29 de junio en la basílica de San Pedro de Roma en la solemne eucaristía en honor de los santos apóstoles Pedro y Pablo, cuya fiesta celebraba la Iglesia, y en la que el papa **Francisco** bendijo los palios que fueron entregados a los 25 arzobispos nombrados a lo largo del último año.

En su homilía, el Santo Padre pidió a los nuevos arzobispos «cumplir con alegría este camino, el de experimentar la acción liberadora de Dios y testimoniarla a todos». En efecto, el obispo de Roma señaló cómo los cristianos a veces pueden «cerrarse personal y comunitariamente» por miedo a la acción salvadora de Dios. Así les ocurrió a los protagonistas de la liturgia de hoy, una clausura de la que todos salen vencedores gracias al poder de la oración y la acción divina: «La vida del pescador de Galilea se abre cuando deja acoger la voluntad de Dios –ha dicho el Papa–; y emprende un camino que le animará a salir de sí mismo y de su orgullo personal. Para salvarlo está la plegaria de Jesús: yo he rezado por ti, Pedro, para que tu fe no sea vana». «Simón Pedro fue liberado de su propio orgullo, que lo cerraba a seguir a Jesús por el camino de la cruz», ha insistido el Santo Padre.

Algo parecido le ocurrió a la primitiva comunidad cristiana y a Pablo de Tarso, quien tras encontrarse con Jesús inicia una «vía de salida siempre hacia delante para anunciar el evangelio y lanzarse a los brazos de Dios».

De ahí que Francisco haya insistido a los presentes a la liturgia a abandonarse en la oración como vía de salida ante el «peligro que corre la Iglesia de cerrarse sobre sí misma»: «La humilde confianza en Dios y en su voluntad son las vías de salidas de nuestra clausura personal y comunitaria». Y ha concluido su predicación: «La oración permite a la gracia abrir una vía de salida, del miedo al coraje, de la tristeza a la alegría. Y podemos añadir, de la división a la unidad».

Signo de comunión

El palio es un distintivo a modo de vestidura litúrgica. Es una banda de lana blanca cosida en forma circular y que se coloca sobre los hombros del Papa y los arzobispos. Posee dos tiras que caen sobre el pecho y la espalda y está adornada con seis cruces. Fue inicialmente usado por el sucesor de Pedro en el siglo IV y posteriormente lo fue otorgando también a los arzobispos para expresar la fidelidad y la comunión de éstos con el obispo de Roma. El pasado 21 de enero, coincidiendo con la fiesta de santa **Inés**, el papa Francisco bendecía los corderitos con cuya lana virgen se han fabricado los palios, que han estado custodiados desde entonces en una urna de plata junto a la tumba de san Pedro hasta el día de hoy.

Para el pastor de la diócesis, «recibir el palio arzobispal para los que el Papa nos llama supone algo que tiene mucha importancia». Además, recuerda que el palio es un signo «de unidad y catolicidad dentro de la

Iglesia», así como de «fidelidad y comunión de los arzobispos con el Papa». Para mí –asegura– es un acto muy significativo». En primer lugar para la Iglesia local, la de Burgos, pero también para él como arzobispo.

A los miembros de la Iglesia de Burgos les pide que recen por él para que «Dios me ayude a vivir muy entregado a su servicio, siguiendo las orientaciones del papa Francisco», a la vez que les recuerda especialmente desde Roma en estos días que están celebrando las fiestas mayores de la ciudad. Señala también que la condición de metropolita por parte del arzobispo conlleva a trabajar en favor de la comunión entre las diócesis hermanas sufragáneas, en este caso, Bilbao, Vitoria, Palencia y Osma-Soria.

El nuncio de Su Santidad en España será quien imponga a don Fidel el palio arzobispal ya en la catedral de Burgos en una fecha todavía sin concretar y ante la presencia de los obispos de las diócesis que dependen de Burgos.

II

Obispos y vicarios de Castilla se reúnen en Segovia para evaluar el curso pastoral

(28-6-2016)

El vicario general, Fernando García Cadiñanos, y el vicario de pastoral, José Luis Lastra, acudieron en representación de la diócesis de Burgos. Ha habido tiempo para el análisis, el estudio de documentos y la convivencia.

III

Burgos celebra las fiestas de San Pedro y San Pablo

(27-6-2016)

El miércoles 29 de junio, la diócesis de Burgos celebró la fiesta de San Pedro y San Pablo, una fiesta mayor de amplia participación en todos los actos que se organizan. La solemnidad de San Pedro y San Pablo conmemora el martirio en Roma de los apóstoles y es una de las mayores celebraciones religiosas para los cristianos católicos y ortodoxos.

IV

La parroquia de San Josemaría celebra la fiesta de su titular con diversos actos

(24-6-2016)

El domingo 26 de junio la parroquia de San Josemaría Escrivá celebró la fiesta de su titular y además el primer aniversario de la Dedicación de la iglesia que lleva su nombre. Con tal motivo, los fieles de la diócesis fueron invitados a participar en el programa de actos, de carácter litúrgico y solemne, que se organizó para la ocasión.

V

La libertad religiosa en un mundo globalizado, a debate en el curso de verano de la UBU

(22-6-2016)

Ya está abierto el plazo de matriculación para el curso de verano titulado «La libertad religiosa en un mundo globalizado», que tendrá lugar del 11 al 14 de julio. El curso está organizado por la Universidad de Burgos (UBU) y patrocinado por la Facultad de Teología de Burgos.

VI

El arzobispo participa en la comisión permanente de la Conferencia Episcopal

(21-6-2016)

Se desarrolló en Madrid los días 21 y 22 de junio en la que era su 238 reunión ordinaria. El arzobispo de Burgos, don Fidel Herráez Vegas, participó en cuanto metropolitano de la provincia eclesiástica de Burgos.

VII

El burgalés Mons. Ángel Garachana Pérez, presidente de la Conferencia Episcopal de Honduras

(20-6-2016)

Los obispos del país han elegido al Claretiano, nacido en Barbadillo de Herreros y gran conocedor de la situación social, política y eclesial de Honduras.

VIII

Don Fidel Herráez Vegas celebra San Romualdo con los monjes Camaldulenses

(20-6-20169)

El domingo, día 19, el arzobispo de Burgos, don Fidel Herráez Vegas, visitó la Comunidad Camaldulense con motivo de la fiesta de su fundador San Romualdo.

IX

Encuentro Jubilar del arciprestazgo Oca-Tirón en Santa Casilda

(20-6-2016)

Los fieles de los pueblos que conforman el Arciprestazgo de Oca-Tirón mantuvieron durante la jornada del domingo, día 19 de junio, un concurrido encuentro en Santa Casilda para ganar las gracias jubilares.

X

Burgos acoge su primer encuentro de diáconos permanentes del Norte de España

(19-6-2016)

Acudieron diáconos, candidatos y responsables del diaconado de las diócesis de Bilbao, Vitoria, Pamplona-Tudela, Calahorra-La Calzada-Logroño y Burgos. La jornada tuvo un carácter mixto, formativo y lúdico, con tiempos de reflexión y trabajo en grupos, y tiempos de fraternidad y oración.

XI

Las parroquias del Arlanza celebran una asamblea arciprestal

(18-6-2016)

La localidad de Santa María del Campo acogió en la tarde del día 18 de junio una asamblea arciprestal entre las parroquias del Arlanza. Hubo tiempo para compartir y conocer el trabajo realizado por las diferentes comisiones a lo largo del último curso pastoral

XII

Renovado compromiso con el patrimonio de la provincia

(17-6-2016)

El Arzobispado de Burgos y la Diputación Provincial volvieron a firmar el conocido como «convenio de las goteras», con el que aportan 200.000 y 400.000 euros respectivamente para la rehabilitación de varios templos de la provincia.

XIII

D. Fidel confirma a los presidentes del Movimiento Familiar Cristiano de Burgos

(17-6-2016)

El día 16 de junio los responsables del movimiento en Burgos se reunieron con el arzobispo para presentarle las actividades que realizan en la diócesis, a la vez que el prelado confirmó como presidentes a Ana María Núñez y Luis Lorenzo.

XIV

De la pizarra a la gran pantalla

(16-6-2016)

Profesores del colegio diocesano San Pedro y San Felices protagonizan una película con motivo del 50 aniversario del centro educativo. Grabado en Quintanilla del Agua, la cinta pretende mostrar la evolución de los métodos pedagógicos en el último medio siglo.

XV

Aranda de Duero celebra los 25 años de la parroquia de San Pedro Regalado

(14-6-2016)

La parroquia de San Pedro Regalado de Aranda de Duero cumple un cuarto de siglo al servicio de los feligreses. Con tal motivo el Arzobispo de Burgos presidió, el domingo, día 12, una eucaristía en la parroquia y visitó la exposición fotográfica de los 25 primeros años de andadura de este templo.

XVI

La diócesis celebra el Día del Misionero Burgalés

(13-6-2016)

Como cada junio, la diócesis celebró el domingo, día 12 de junio, en Arcos de la Llana, el Día del Misionero Burgalés, una jornada organizada por la delegación de misiones de la diócesis de Burgos, con el objetivo de rendir homenaje a los misioneros burgaleses que son «Testigos de la misericordia en el mundo».

XVII

El Niño Jesús visita a su Madre, la Virgen de Fresdelval, en Villatoro

(13-6-2016)

Los niños del barrio burgalés volvieron a portar en andas la imagen de Jesús niño hasta la ermita de la Virgen de Fresdelval, reviviendo una tradición que se remonta al siglo XIX.

XVIII

El Seminario acoge la primera edición del torneo de fútbol "San José"

(12-6-2016)

Setenta y cuatro chavales procedentes de varios colegios y parroquias de la provincia participaron el día 11 en una jornada que conjugó deporte, convivencia y oración.

XIX

El arciprestazgo de Gamonal camina hacia la "corresponsabilidad"

(12-6-2016)

El colegio Santa María La Nueva y San José Artesano acogió el día 11 el encuentro arciprestal de las parroquias de Gamonal. Celebraron juntos el fin de curso y compartieron nuevas experiencias de corresponsabilidad.

XX

El arciprestazgo de Vega celebra el Jubileo de la Misericordia

(12-6-2016)

Una celebración penitencial en la Salesas y peregrinación hasta la catedral fueron algunos de los actos de la jornada.

XXI

Presos del centro penitenciario de Burgos peregrinan a Santiago de Compostela

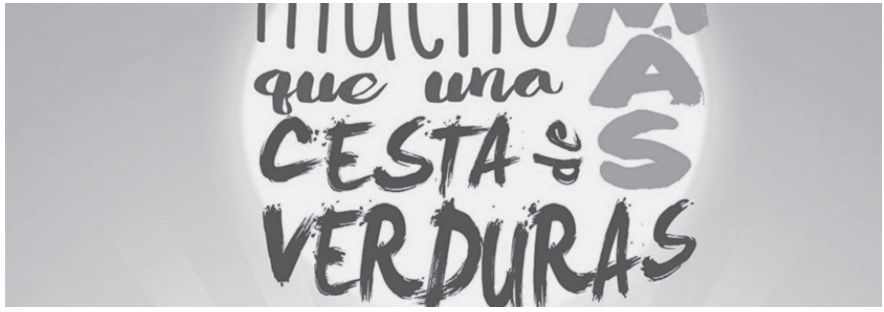
(9-6-2016)

Llegaron el día 10 a la tumba del apóstol tras recorrer los últimos 120 kilómetros del camino Jacobeo. Esta actividad supone un acicate para motivarles en su socialización y la superación diaria

XXII

Cáritas Miranda distribuye cestas de verduras ecológicas para ayudar al desempleo

(2-6-2016)



La primera semana de junio Cáritas Miranda volvió a distribuir la cesta de la huerta ecológica en colaboración con el Ayuntamiento de Miranda.

Comunicados eclesiales

Conferencia Episcopal

I

DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es

II

REUNIÓN DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE LA CEE

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado en Madrid, los días 21 y 22 su reunión ordinaria del mes de junio.

Los obispos de la Comisión Permanente han sido informados sobre el desarrollo del Plan Pastoral vigente "Iglesia en misión, al servicio de nuestro pueblo", que para este año pedía "propiciar reuniones y encuentros de reflexión para analizar las exigencias de la evangelización hoy: diagnóstico, contenidos, estructuras, actitudes, métodos, experiencias existentes, cambios necesarios, etc".

En el ámbito económico, durante esta reunión los obispos han aprobado los balances y la liquidación presupuestaria del año 2015 del Fondo Común Interdiocesano y de los órganos que de ella dependen. También

se ha aprobado la creación de la Oficina de Transparencia y rendición de cuentas para Entidades Canónicas y de las implicaciones del acuerdo firmado hace unas semanas con Transparencia Internacional España. Se ha nombrado como directora a Dª Ester Martín.

También se han aprobado las fechas de las próximas reuniones y convocatorias de la Conferencia Episcopal para 2017. Los Ejercicios Espirituales serán del 8 al 14 de enero, la primera Asamblea Plenaria, del 13 al 17 de marzo, y la Comisión Permanente, los días 21 y 22 de febrero.

Entre las diversas informaciones, los padres sinodales en el último Sínodo Ordinario, el cardenal Ricardo Blázquez, presidente de la CEE, Mons. Carlos Osoro y Mons. Mario Iceta, presidente de la Subcomisión Episcopal de Familia y Vida, han presentado una reflexión de la pastoral familiar, a la luz de la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*. Mons. Joan Enric Vives, arzobispo presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades ha presentado un estudio sobre el rol decisivo de los formadores y directores espirituales en la formación de los seminaristas. Por su parte, Mons. Javier Martínez, presidente de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales ha presentado el documento "El testimonio cristiano en un mundo multi-religioso: Recomendaciones de conducta" del Pontificio Consejo para el Diálogo entre las Religiones.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha procedido al nombramiento de las siguientes personas en los siguientes cargos de responsabilidad:

Álvaro Medina del Campo, laico de la Diócesis de Alcalá de Henares, como Presidente Nacional del Movimiento de Apostolado Seglar, Jubilados y Mayores "Vida Ascendente".

Dª. Clara Pardo Gil, laica de la Archidiócesis de Madrid, como Presidenta Nacional de "Manos Unidas".

Emilio José Martín Herrero, laico de la Archidiócesis de Valladolid, como Presidente de "Scouts de Castilla y León – Movimiento Scout Católico".

D. Jesús Manuel Nieto Santos, sacerdote de la Archidiócesis de Valladolid, como Consiliario de "Scouts de Castilla y León – Movimiento Scout Católico".

Dª. Mª Luisa San Juan Serrano, laica de la Archidiócesis de Madrid, como Presidenta General del "Movimiento de las Hermandades del Trabajo" (HTT).

III

OBISPO AUXILIAR PARA VALENCIA

El sacerdote Arturo Pablo Ros ha sido nombrado obispo auxiliar de Valencia

La Santa Sede ha hecho público, a las 12.00 h. de hoy, 27 de junio, que el papa Francisco ha nombrado obispo auxiliar de la archidiócesis de Valencia al sacerdote Arturo Pablo Ros Murgadas, en la actualidad vicario episcopal de Valencia.

Como obispo auxiliar, le ha asignado la sede titular de Ursona (Osuna, *Ursonen* (*sis)* –España–, que tenía como metropolitana a Sevilla). Así ha sido comunicado por la Nunciatura Apostólica en España a la Conferencia Episcopal Española (CEE).

Arturo Pablo Ros Murgadas nació el 10 de junio de 1964 en Vinalesa (Valencia). Después de haber trabajado en el sector de la banca, entró en el seminario mayor de Valencia, donde completó los estudios filosóficos y teológicos en la Facultad de Teología *S. Vicente Ferrer* (1987-1993), obteniendo luego la Licenciatura en Teología en la misma Facultad. Fue ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1993 en Valencia.

Su ministerio sacerdotal lo ha desarrollado en la diócesis de Valencia, donde ha desempeñado los siguientes cargos: vicario parroquial de *La Asunción*, en Torrente (1993-1996); párroco de *S. Vicente Ferrer* y de *Ntra. Sra. de la Buena Guía*, además de consiliario diocesano de *Cursillos de Cristiandad* (1996-2000); miembro del Consejo Presbiteral (1998-2003); y formador del seminario mayor de Valencia (2000-2005).

Actualmente es párroco de Requena, desde 2006, y vicario episcopal de la Vicaría V, desde 2010.

Pontificio Consejo para la pastoral de Emigrantes e Itinerantes

MENSAJE PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO 2016

(27 de septiembre)

"Turismo para todos: promover la accesibilidad universal"

1. "*Turismo para todos: promover la accesibilidad universal*" es el lema escogido por la Organización Mundial del Turismo (OMT) para la Jornada Mundial del Turismo, que se celebrará como de costumbre el próximo 27 de septiembre. La Santa Sede se ha adherido a esta iniciativa ya desde su primera edición, sabedora de la gran importancia de este sector así como de los desafíos que supone y las oportunidades que brinda a la evangelización.

En las últimas décadas se ha incrementado considerablemente el número de personas que pueden gozar de un tiempo de vacaciones. El último Barómetro elaborado por la Organización Mundial del Turismo, referido al año 2015, eleva a 1.184 millones las llegadas de turistas internacionales, las cuales alcanzarán el hito de los dos mil millones en el año 2030, según todas las previsiones. A éstas hay que añadir las cifras aún más elevadas que representa el turismo local.

2. Junto al incremento numérico, también se ha ido acrecentando la conciencia del influjo positivo que ejerce el turismo en numerosos ámbitos de la vida, caracterizado por numerosas virtudes y potencialidades. Sin ignorar algunos de sus elementos ambiguos o negativos, estamos convencidos de que el turismo humaniza, ya que es ocasión para el descanso, oportunidad para el recíproco conocimiento de personas y culturas, instrumento de desarrollo económico, promotor de paz y de diálogo, herramienta para la educación y el crecimiento personal, momento para el encuentro con la naturaleza, y ámbito de crecimiento espiritual, por citar algunos de sus rasgos positivos.

3. Partiendo de esta valoración positiva, y siendo conscientes de que el turismo en particular y el tiempo libre en general es una "*exigencia de la*

naturaleza humana, que representa en sí mismo un valor irrenunciable"[1], debemos concluir, avalados por el Magisterio eclesial[2],que el turismo no es sólo una oportunidad sino también ha de ser un derecho para todos, que no puede ser restringido a unas determinadas franjas sociales ni a unas zonas geográficas concretas. También la Organización Mundial del Turismo afirma que éste "*constituirá un derecho abierto por igual a todos los habitantes de nuestro planeta […], y no se le opondrá obstáculo ninguno*"[3].

Es, pues, posible hablar de un "derecho al turismo", el cual es ciertamente concreción del derecho "*al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas*" que reconoce el artículo 24 de la *Declaración universal de derechos humanos*, aprobada en 1948.

4. Pero la constatación de la realidad nos muestra que no está al alcance de muchos y que son todavía numerosas las personas que siguen estando excluidas de este derecho.

Ante todo, en muchos países en vías de desarrollo, donde no están garantizadas las necesidades básicas, este derecho aparece ciertamente como algo lejano y hablar de él puede incluso aparecer como una frivolidad, si bien esta actividad también se está presentando como un recurso en la lucha que están realizando contra la pobreza. Pero también en países económicamente más desarrollados encontramos importantes franjas de la sociedad que no tienen fácil acceso al turismo.

Por ello, a nivel internacional, se está promoviendo el así llamado "turismo para todos", que puede ser disfrutado por cualquier persona, y que integra los conceptos de "turismo accesible", "turismo sostenible" y "turismo social".

5. Por "turismo accesible" se entiende el esfuerzo por garantizar que los destinos y servicios turísticos sean accesibles para todas las personas, independientemente de su perfil cultural, de sus limitaciones permanentes o temporales (físicas, mentales o sensoriales) o de sus necesidades especiales, como las que requieren, por ejemplo, los niños y las personas mayores.

6. El concepto de "turismo sostenible" encierra el empeño por conseguir que esta actividad humana sea lo más respetuosa posible con la

[1] Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *Orientaciones para la Pastoral del Turismo*, 29 junio 2001, n. 6.

[2] Cfr. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 7 diciembre 1965, nn. 61 y 67; Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *Orientaciones para la Pastoral del Turismo*, n. 6.

[3] Organización Mundial del Turismo, *Código Ético Mundial para el Turismo*, 1 octubre 1999, art. 7 § 1.

diversidad cultural y medioambiental del lugar que la acoge, teniendo en cuenta las repercusiones actuales y futuras. La encíclica *Laudato si'* del papa Francisco puede ser de gran ayuda en la buena gestión de la creación que Dios ha encomendado al ser humano[4].

7. Por su parte, el "turismo social" pretende que no sean excluidos quienes tienen una cultura diferente, poseen menos recursos económicos o residen en regiones menos favorecidas. Entre los grupos destinatarios de sus acciones se encuentran los jóvenes, las familias numerosas, las personas con discapacidad y las de la tercera edad, tal como recuerda el *Código Ético Mundial para el Turismo*[5].

8. Así pues, es necesario promover un "turismo para todos", que sea ético y sostenible, en el que se garantice una real accesibilidad física, económica y social, evitando todo tipo de discriminación. Alcanzar una propuesta de estas características únicamente será posible si se cuenta con el esfuerzo de todos, políticos, empresarios, consumidores, así como de las asociaciones comprometidas en este ámbito.

La Iglesia valora positivamente los esfuerzos que están realizando a favor de un "turismo para todos", iniciativas "*que ponen realmente el turismo al servicio de la realización humana y del desarrollo social*"[6]. Desde hace tiempo está también ofreciendo su propia contribución, tanto con su reflexión teórica como con numerosas iniciativas concretas, muchas de las cuales han sido pioneras, realizadas con escasos recursos económicos, mucha dedicación y que han obtenido buenos resultados.

Que el compromiso eclesial en favor de un "turismo para todos" sea vivido y entendido como "*testimonio de la particular predilección de Dios hacia los más humildes*"[7].

Ciudad del Vaticano, 24 de junio de 2016

✠ Antonio Maria Card. Vegliò
Presidente

✠ Joseph Kalathiparambil
Secretario

---

[4] Cfr. Francisco, Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común, 24 mayo 2015.

[5] Cfr. Organización Mundial del Turismo, *Código Ético Mundial para el Turismo*, art. 7 § 4.

[6] Cfr. Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, *Orientaciones para la Pastoral del Turismo*, n. 24.

[7] *Ibídem*.

Santo Padre

I

DIRECCION EN INTERNET:
w2.vatican.va

II

HOMILÍA EN EL JUBILEO DE LOS DIÁCONOS

(Plaza de San Pedro, 29-5-2016)

«Servidor de Cristo» (*Ga* 1,10). Hemos escuchado esta expresión, con la que el apóstol Pablo se define cuando escribe a los Gálatas. Al comienzo de la carta, se había presentado como «apóstol» por voluntad del Señor Jesús (cf. *Ga* 1,1). Ambos términos, apóstol y servidor, están unidos, no pueden separarse jamás; son como dos caras de una misma moneda: quien anuncia a Jesús está llamado a servir y el que sirve anuncia a Jesús.

El Señor ha sido el primero que nos lo ha mostrado: él, la Palabra del Padre; él, que nos ha traído la buena noticia (*Is* 61,1); él, que es en sí mismo la buena noticia (cf. *Lc* 4,18), se ha hecho nuestro siervo (*Flp* 2,7), «no ha venido para ser servido, sino para servir» (*Mc* 10,45). «Se ha hecho diácono de todos», escribía un Padre de la Iglesia (San Policarpo, *Ad Phil*. V,2). Como ha hecho él, del mismo modo están llamados a actuar sus anunciadores, «llenos de misericordia, celantes, caminando según la caridad del Señor que se hizo siervo de todos» (*ibíd*.). El discípulo de Jesús no puede caminar por una vía diferente a la del Maestro, sino que, si quiere anunciar, debe imitarlo, como hizo Pablo: *aspirar a ser un servidor*. Dicho de otro modo, si *evangelizar* es la misión asignada a cada cristiano en el bautismo, *servir* es el estilo mediante el cual se vive la misión, el único modo de ser discípulo de Jesús. Su testigo es el que hace como él: el que

sirve a los hermanos y a las hermanas, sin cansarse de Cristo humilde, sin cansarse de la vida cristiana que es *vida de servicio*.

¿Por dónde se empieza para ser «siervos buenos y fieles» (cf. *Mt* 25,21)? Como primer paso, estamos invitados a vivir la *disponibilidad*. El siervo aprende cada día a renunciar a disponer todo para sí y a disponer de sí como quiere. Se ejercita cada mañana en dar la vida, en pensar que todos sus días no serán suyos, sino que serán para vivirlos como una entrega de sí. En efecto, quien sirve no es un guardián celoso de su propio tiempo, sino más bien renuncia a ser el dueño de la propia jornada. Sabe que el tiempo que vive no le pertenece, sino que es un don recibido de Dios para a su vez ofrecerlo: sólo así dará verdaderamente fruto. El que sirve no es esclavo de la agenda que establece, sino que, dócil de corazón, está disponible a lo no programado: solícito para el hermano y abierto a lo imprevisto, que nunca falta y a menudo es la sorpresa cotidiana de Dios. El siervo está abierto a la sorpresa, a las sorpresas cotidianas de Dios. El siervo sabe abrir las puertas de su tiempo y de sus espacios a los que están cerca y también a los que llaman fuera de horario, a costo de interrumpir algo que le gusta o el descanso que se merece. El siervo rebasa los horarios. A mí me parte el corazón cuando veo un horario en las parroquias: «de tal hora a tal otra». Y después, la puerta está cerrada, no está el sacerdote, no está el diácono, no está el laico que recibe a la gente… Esto hace mal. Ir más allá de los horarios: hay que tener la valentía de rebasar los horarios. Así, queridos diáconos, viviendo en la disponibilidad, vuestro servicio estará exento de cualquier tipo de provecho y será evangélicamente fecundo.

También el Evangelio de hoy nos habla de servicio, mostrándonos dos siervos, de los que podemos sacar enseñanzas preciosas: el siervo del centurión, que regresa curado por Jesús, y el centurión mismo, al servicio del emperador. Las palabras que este manda decir a Jesús, para que no venga hasta su casa, son sorprendentes y, a menudo, son el contrario de nuestras oraciones: «Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo» (*Lc* 7,6); «por eso tampoco me creí digno de venir personalmente» (v.7); «porque yo también vivo en condición de subordinado» (v. 8). Ante estas palabras, Jesús se queda admirado. Le asombra la gran humildad del centurión, su *mansedumbre*. Y la mansedumbre es una de las virtudes de los diáconos. Cuando el diácono es manso, es siervo y no juega a «imitar» al sacerdote, es manso. Él, ante el problema que lo afligía, habría podido agitarse y pretender ser atendido imponiendo su autoridad; habría podido convencer con insistencia, hasta forzar a Jesús a ir a su casa. En cambio se hace pequeño, discreto, manso, no alza la voz y no quiere molestar. Se comporta, quizás sin saberlo, según el estilo de Dios, que es «manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 29). En efecto, Dios, que es amor, llega incluso a servirnos por amor: con nosotros es paciente, comprensivo, siempre solícito y bien dispuesto, sufre por nuestros errores y busca el modo para ayudarnos y hacernos mejores. Estos son también los rasgos

de mansedumbre y humildad del servicio cristiano, que es *imitar a Dios en el servicio a los demás*: acogerlos con amor paciente, comprenderlos sin cansarnos, hacerlos sentir acogidos, a casa, en la comunidad eclesial, donde no es más grande quien manda, sino el que sirve (cf. *Lc* 22,26). Y jamás reprender, jamás. Así, queridos diáconos, en la mansedumbre, madurará vuestra vocación de ministros de la caridad.

Además del apóstol Pablo y el centurión, en las lecturas de hoy hay un tercer siervo, aquel que es curado por Jesús. En el relato se dice que era muy querido por su dueño y que estaba enfermo, pero no se sabe cuál era su grave enfermedad (v.2). De alguna manera, podemos reconocernos también nosotros en ese siervo. Cada uno de nosotros es muy querido por Dios, amado y elegido por él, y está llamado a servir, pero tiene sobre todo necesidad de ser sanado interiormente. Para ser capaces del servicio, se necesita la salud del corazón: un corazón restaurado por Dios, que se sienta perdonado y no sea ni cerrado ni duro. Nos hará bien rezar con confianza cada día por esto, pedir que seamos sanados por Jesús, asemejarnos a él, que «no nos llama más siervos, sino amigos» (cf. *Jn* 15,15). Queridos diáconos, podéis pedir cada día esta gracia en la oración, en una oración donde se presenten las fatigas, los imprevistos, los cansancios y las esperanzas: una oración verdadera, que lleve la vida al Señor y el Señor a la vida. Y cuando sirváis en la celebración eucarística, allí encontraréis la presencia de Jesús, que se os entrega, para que vosotros os deis a los demás.

Así, disponibles en la vida, mansos de corazón y en constante diálogo con Jesús, no tendréis temor de ser *servidores de Cristo*, de encontrar y acariciar la carne del Señor en los pobres de hoy.

III

JUBILEO DE LOS SACERDOTES

MEDITACIONES DEL RETIRO PREDICADO POR EL PAPA Y HOMILÍA EN LA SANTA MISA DE CLAUSURA DEL JUBILEO

PRIMERA MEDITACIÓN
(San Juan de Letrán, Roma)

¡Buenos días, queridos sacerdotes!

Comencemos esta jornada de retiro espiritual. Y también creo que nos hará bien orar unos por otros, los unos por los otros, es decir en comunión. Un retiro, pero en comunión, ¡todos! Yo he escogido el tema de la misericordia.

Antes una pequeña introducción para todo el retiro:

La misericordia, en su aspecto más femenino, es el entrañable amor materno, que se conmueve ante la fragilidad de su creatura recién nacida y la abraza, supliendo todo lo que le falta para que pueda vivir y crecer (rahamim); y en su aspecto más masculino, es la fidelidad fuerte del Padre que sostiene siempre, perdona y vuelve a poner en camino a sus hijos. La misericordia es tanto el fruto de una «alianza» –por eso se dice que Dios se acuerda de su (pacto de) misericordia (hesed)– como un «acto» gratuito de benignidad y bondad que brota de nuestra psicología más profunda y se traduce en una obra externa (eleos, que se convierte en limosna). Esta inclusividad hace que esté siempre a la mano de todos el «misericordiar», el compadecerse del que sufre, conmoverse ante el necesitado, indignarse, que se revuelvan las tripas ante una injusticia patente y ponerse inmediatamente a hacer algo concreto, con respeto y ternura, para remediar la situación. Y, partiendo de este sentimiento visceral, está al alcance de todos mirar a Dios desde la perspectiva de este atributo primero y último con el que Jesús lo ha querido revelar para nosotros: el nombre de Dios es Misericordia.

Cuando meditamos sobre la Misericordia sucede algo especial. La dinámica de los Ejercicios Espirituales se potencia desde dentro. La misericordia hace ver que las vías objetivas de la mística clásica –purgativa, iluminativa y unitiva– nunca son etapas sucesivas, que se puedan dejar atrás. Siempre tenemos necesidad de una nueva conversión, de más contemplación y de un amor renovado. Nada une más con Dios que un acto de misericordia, ya sea que se trate de la misericordia con que el Señor nos perdona nuestros pecados, ya sea de la gracia que nos da para practicar las obras de misericordia en su nombre. Nada ilumina más la fe que el purgar nuestros pecados y nada más claro que Mateo 25, y aquello de «Dichosos los misericordiosos porque alcanzarán misericordia» (Mt 5,7), para comprender cuál es la voluntad de Dios, la misión a la que nos envía. A la

misericordia se le puede aplicar aquella enseñanza de Jesús: «Con la medida que midan serán medidos» (Mt 7,2). La misericordia nos permite pasar de sentirnos misericordiados a desear misericordiar. Pueden convivir, en una sana tensión, el sentimiento de vergüenza por los propios pecados con el sentimiento de la dignidad a la que el Señor nos eleva. Podemos pasar sin preámbulos de la distancia a la fiesta, como en la parábola del Hijo Pródigo, y utilizar como receptáculo de la misericordia nuestro propio pecado. La misericordia nos impulsa a pasar de lo personal a lo comunitario. Cuando actuamos con misericordia, como en los milagros de la multiplicación de los panes, que nacen de la compasión de Jesús por su pueblo y por los extranjeros, los panes se multiplican a medida que se reparten.

Tres sugerencias

La alegre y libre familiaridad que se establece a todos los niveles entre los que se relacionan entre sí con el vínculo de la misericordia –familiaridad del Reino de Dios, tal como Jesús lo describe en sus parábolas– me lleva a sugerirles tres cosas para su oración personal de este día.

La primera tiene que ver con dos consejos prácticos que da san Ignacio y que dice: «No el mucho saber llena y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas de Dios interiormente» (Ejercicios Espirituales, 2). San Ignacio agrega que allí donde uno encuentra lo que quiere y siente gusto, allí se quede rezando «sin tener ansia de pasar adelante, hasta que me satisfaga» (ibíd., 76). Así que, en estas meditaciones sobre la misericordia, uno puede comenzar por donde más le guste y quedarse allí, pues seguramente una obra de misericordia le llevará a las demás. Si comenzamos dando gracias al Señor, que maravillosamente nos creó y más maravillosamente aún nos redimió, seguramente esto nos llevará a sentir pena por nuestros pecados. Si comenzamos por compadecernos de los más pobres y alejados, seguramente necesitaremos ser misericordiados también nosotros.

La segunda sugerencia para rezar tiene que ver con una forma de utilizar la palabra misericordia. Como se habrán dado cuenta, al hablar de la misericordia a mí me gusta usar la forma verbal: «Hay que misericordiar para ser misericordiados». El hecho de que la misericordia ponga en contacto una miseria humana con el corazón de Dios hace que la acción surja inmediatamente. No se puede meditar sobre la misericordia sin que todo se ponga en acción. Por tanto, en la oración, no hace bien intelectualizar. Con prontitud, y con la ayuda de la gracia, nuestro diálogo con el Señor tiene que concretarse en qué pecado tiene que tocar su misericordia en mí, dónde siento, Señor, más vergüenza y más deseo reparar; y rápidamente tenemos que hablar de aquello que más nos conmueve, de esos rostros que nos llevan a desear intensamente poner manos a la obra para remediar su hambre y sed de Dios, de justicia, de ternura. A la misericordia se la

contempla en la acción. Pero un tipo de acción que es omni-inclusiva: la misericordia incluye todo nuestro ser –entrañas y espíritu– y a todos los seres.

La última sugerencia va por el lado del fruto de los ejercicios, es decir de la gracia que tenemos que pedir y que es, directamente, la de convertirnos en sacerdotes más misericordiados y más misericordiosos. Nos podemos centrar en la misericordia porque ella es lo esencial, lo definitivo. Por los escalones de la misericordia (cf. Laudato si', 77) podemos bajar hasta lo más bajo de la condición humana –fragilidad y pecado incluidos– y ascender hasta lo más alto de la perfección divina: «Sean misericordiosos (perfectos) como su Padre es misericordioso». Pero siempre para «cosechar» sólo más misericordia. De aquí deben venir los frutos de conversión de nuestra mentalidad institucional: si nuestras estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios y para ser más misericordiosos para con los demás, se pueden convertir en algo muy extraño y contraproducente.

Este retiro espiritual, por tanto, irá por el lado de esa «simplicidad evangélica» que entiende y practica todas las cosas en clave de misericordia. Y de una misericordia dinámica, no como un sustantivo cosificado y definido, ni como adjetivo que decora un poco la vida, sino como verbo –misericordiar y ser misericordiados– que nos lanza a la acción en medio del mundo. Y, además, como misericordia «siempre más grande», como una misericordia que crece y aumenta, dando pasos de bien en mejor, y yendo de menos a más, ya que la imagen que Jesús nos pone es la del Padre siempre más grande y cuya misericordia infinita «crece», si se puede decir así, y no tiene techo ni fondo, porque proviene de su soberana libertad.

De la distancia a la fiesta

Si la misericordia del Evangelio es, como hemos dicho, un exceso de Dios, un desborde inaudito, lo primero es mirar dónde el mundo de hoy, y cada persona, necesita más un exceso de amor así. Lo primero es preguntarnos cuál es el receptáculo para tal misericordia; cuál es el terreno desierto y seco para tal desborde de agua viva; cuáles las heridas para ese aceite balsámico; cuál es la orfandad que necesita tal desvivirse en cariños y atenciones; cuál la distancia para tanta sed de abrazo y de encuentro…

La parábola que les propongo para esta meditación es la del padre misericordioso (cf. Lc 15,11-31). Nos situamos en el ámbito del misterio del Padre. Y me viene al corazón comenzar por ese momento en que el hijo pródigo está en medio del chiquero, en ese infierno del egoísmo, que hizo todo lo que quiso y, en vez de ser libre, se encuentra esclavo. Mira a los chanchos que comen bellotas…, siente envidia y le viene la nostalgia. Nos-

talgia por el pan recién horneado que los empleados de su casa, la casa de su padre, comen para el desayuno. La nostalgia… La nostalgia es un sentimiento poderoso. Tiene que ver con la misericordia porque nos ensancha el alma. Nos hace recordar el bien primero –la patria de donde salimos– y nos despierta la esperanza de volver. En este horizonte amplio de la nostalgia, este joven –dice el Evangelio– entró en sí y se sintió miserable.

Sin detenernos ahora a describir lo mísero de su estado, pasemos a ese otro momento en que, después de que su Padre lo abrazó y lo besó efusivamente, él se encuentra sucio pero vestido de fiesta. Da vueltas en su dedo al anillo de par con su padre. Tiene sandalias nuevas en los pies. Está en medio de la fiesta, entre la gente. Algo así como nosotros, si alguna vez nos pasó, que nos confesamos antes de la misa y ahí nomás nos encontramos «revestidos» y en medio de una ceremonia.

Avergonzada dignidad

Detengámonos en esa «avergonzada dignidad» de este hijo pródigo y predilecto. Si nos animamos a mantener serenamente el corazón entre esos dos extremos –la dignidad y la vergüenza–, sin soltar ninguno de ellos, quizás podamos sentir cómo late el corazón de nuestro Padre. Podemos imaginar que la misericordia le brota como sangre. Que él sale a buscarnos –pecadores–, nos atrae a sí, nos purifica y nos lanza de nuevo, renovados, a todas las periferias a misericordiar a todos. Su sangre es la sangre de Cristo, sangre de la Nueva y Eterna Alianza de misericordia, derramada por nosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Esta sangre la contemplamos entrando y saliendo de su corazón, y del corazón del Padre. Esto es nuestro único tesoro, lo único que tenemos para dar al mundo: la sangre que purifica y pacifica todo y a todos. La sangre del Señor que perdona los pecados. La sangre que es verdadera bebida, que resucita y da la vida a lo que está muerto por el pecado.

En nuestra oración serena, que va de la vergüenza a la dignidad, de la dignidad a la vergüenza, pedimos la gracia de sentir esa misericordia como constitutiva de nuestra vida entera; la gracia de sentir cómo ese latido del corazón del Padre se aúna con el latir del nuestro. No basta sentirla como un gesto que Dios tiene de vez en cuando, perdonándonos algún pecado gordo, y luego nos las arreglamos solos, autónomamente.

San Ignacio propone una imagen caballeresca propia de su época, pero, como la lealtad entre amigos es un valor perenne, puede ayudarnos. Dice que, para sentir «confusión y vergüenza» por nuestros pecados (y no perdernos de sentir la misericordia), podemos usar un ejemplo: imaginemos que «un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergon-

zado y confundido en haberle mucho ofendido, siendo que de él primero recibió muchos dones y muchas mercedes» (Ejercicios Espirituales, 74). No obstante, siguiendo la dinámica del hijo pródigo en la fiesta, imaginemos a este caballero como alguien que, en vez de ser avergonzado delante de todos, el rey lo toma inesperadamente de la mano y le devuelve su dignidad. Y vemos que no sólo lo invita a seguirlo en su lucha, sino que lo pone al frente de sus compañeros. ¡Con qué humildad y lealtad lo servirá este caballero de ahora en adelante!

Ya sea sintiéndonos como el hijo pródigo festejado o como el caballero desleal convertido en superior, lo importante es que cada uno se sitúe en esa tensión fecunda en la que la misericordia del Señor nos pone: no solamente de pecadores perdonados, sino de pecadores dignificados.

Simón Pedro nos ofrece la imagen ministerial de esta sana tensión. El Señor lo educa y lo forma progresivamente y lo ejercita en mantenerse así: Simón y Pedro. El hombre común, con sus contradicciones y debilidades, y el que es piedra, el que tiene las llaves, el que conduce a los demás. Cuando Andrés lo lleva a Cristo, así como está, vestido de pescador, el Señor le pone el nombre de Piedra. Apenas acaba de alabarle por la confesión de fe que viene del Padre, cuando ya le recrimina duramente por la tentación de escuchar la voz del mal espíritu al decirle que se aparte de la cruz. Lo invitará a caminar sobre las aguas y lo dejará hundirse en su propio miedo, para tenderle enseguida una mano; apenas se confiese pecador lo misionará a ser pescador de hombres; lo interrogará prolijamente sobre su amor, haciéndole sentir dolor y vergüenza por su deslealtad y cobardía, y también por tres veces le confiará el pastoreo de sus ovejas.

Ahí tenemos que situarnos, en ese hueco en el que conviven nuestra miseria más vergonzante y nuestra dignidad más alta. Sucios, impuros, mezquinos, vanidosos, egoístas y, a la vez, con los pies lavados, llamados y elegidos, repartiendo sus panes multiplicados, bendecidos por nuestra gente, queridos y cuidados. Sólo la misericordia hace soportable ese lugar. Sin ella, o nos creemos justos como los fariseos o nos alejamos como los que no se sienten dignos. En ambos casos, se nos endurece el corazón.

Profundizamos un poco más. Nos preguntamos: Y, ¿por qué es tan fecunda esta tensión? Diría que es fecunda porque mantenerla nace de una decisión libre. Y el Señor actúa principalmente sobre nuestra libertad, aunque nos ayude en todo. La misericordia es cuestión de libertad. El sentimiento brota espontáneo y cuando decimos que es visceral parecería que es sinónimo de «animal». Pero los animales desconocen la misericordia «moral», aunque algunos puedan experimentar algo de esa compasión, como un perro fiel que permanece al lado de su dueño enfermo. La misericordia es una conmoción que toca las entrañas, pero puede brotar

también de una percepción intelectual aguda –directa como un rayo, pero no por simple menos compleja–: uno intuye muchas cosas cuando siente misericordia. Uno comprende, por ejemplo, que el otro está en una situación desesperada, límite; le pasa algo que excede sus pecados o sus culpas; también uno comprende que el otro es un par, que él mismo podría estar en su lugar; y que el mal es tan grande y devastador que no se arregla sólo con justicia… En el fondo, uno se convence de que hace falta una misericordia infinita, como la del corazón de Cristo, para remediar tanto mal y tanto sufrimiento como vemos que hay en la vida de los seres humanos… Menos que eso, no alcanza. ¡Tantas cosas comprende nuestra mente con sólo ver a alguien tirado en la calle, descalzo, en una mañana fría, o al Señor clavado en la cruz por mí!

Además, la misericordia se acepta y se cultiva, o se rechaza libremente. Si uno se deja llevar, un gesto trae el otro. Si uno pasa de largo, el corazón se enfría. La misericordia nos hace experimentar nuestra libertad y es allí donde podemos experimentar la libertad de Dios, que es misericordioso con quien es misericordioso (cf. Dt 5,10), como le dijo a Moisés. En su misericordia el Señor expresa su libertad. Y nosotros, la nuestra.

Podemos vivir mucho tiempo «sin» la misericordia del Señor. Es decir: podemos vivir sin hacerla consciente y sin pedirla explícitamente. Hasta que uno cae en la cuenta de que «todo es misericordia» y llora con amargura no haberla aprovechado antes, siendo así que la necesitaba tanto.

La miseria de la que hablamos es la miseria moral, intransferible, esa donde uno toma conciencia de sí mismo como persona que, en un punto decisivo de su vida, actuó por su propia iniciativa: eligió algo y eligió mal. Este es el fondo que hay que tocar para sentir dolor de los pecados y para arrepentirse verdaderamente. Porque, en otros ámbitos, uno no se siente tan libre ni siente que el pecado afecte toda su vida y, por tanto, no experimenta su miseria, con lo cual se pierde la misericordia, que sólo actúa con esa condición. Uno no va a la farmacia y dice: «Por misericordia, le pido una aspirina». Por misericordia pide que le den morfina para una persona sumida en los dolores atroces de una enfermedad terminal.

El corazón que Dios une a esa miseria moral nuestra es el corazón de Cristo, su Hijo amado, que late como un solo corazón con el del Padre y el del Espíritu. Es un corazón que elige el camino más cercano y que lo compromete. Esto es propio de la misericordia, que se ensucia las manos, toca, se mete, quiere involucrarse con el otro, va a lo personal con lo más personal, no «se ocupa de un caso» sino que se compromete con una persona, con su herida. La misericordia excede la justicia y lo hace saber y lo hace sentir; queda implicado uno con el otro. Al dignificar, la misericordia eleva a aquel hacia el que uno se abaja y vuelve pares a los dos, al misericordioso y al misericordiado.

De aquí la necesidad del Padre de hacer fiesta, para que se restaure todo de una sola vez, devolviendo a su hijo la dignidad perdida. Esto posibilita mirar al futuro de manera nueva. No es que la misericordia no tome en cuenta la objetividad del daño hecho por el mal. Pero le quita poder sobre el futuro, le quita poder sobre la vida que corre hacia delante. La misericordia es la verdadera actitud de vida que se opone a la muerte, que es el fruto amargo del pecado. En eso es lúcida, no es para nada ingenua la misericordia. No es que no vea el mal, sino que mira lo corta que es la vida y todo el bien que queda por hacer. Por eso hay que perdonar totalmente, para que el otro mire hacia adelante y no pierda tiempo en culparse y compadecerse de sí mismo y en lo que se perdió. En el camino de ir a curar a otros, uno irá haciendo su examen de conciencia y, en la medida en que ayuda a otros, reparará el mal que hizo. La misericordia es fundamentalmente esperanzada.

Dejarse atraer y enviar por el movimiento del corazón del Padre es mantenerse en esa sana tensión de avergonzada dignidad. Dejarse atraer por el centro de su corazón, como sangre que se ha ensuciado yendo a dar vida a los miembros más lejanos, para que el Señor nos purifique y nos lave los pies; dejarse enviar llenos del oxígeno del Espíritu para llevar vida a todos los miembros, especialmente a los más alejados, frágiles y heridos.

Un cura hablaba de una persona en situación de calle que terminó viviendo en una hospedería. Era alguien cerrado en su propia amargura que no interactuaba con los demás. Persona culta, se enteraron después. Pasado algún tiempo, este hombre fue a parar al hospital por una enfermedad terminal y le contaba al cura que, estando allí, sumido en su nada y en su decepción por la vida, el que estaba en la cama de al lado le pidió que le alcanzara la escupidera y que luego se la vaciara. Y ese pedido de alguien que verdaderamente lo necesitaba y estaba peor que él, le abrió los ojos y el corazón a un sentimiento poderosísimo de humanidad y a un deseo de ayudar al otro y de dejarse ayudar él por Dios. De este modo, un sencillo acto de misericordia lo conectó con la misericordia infinita, se animó a ayudar al otro y luego se dejó ayudar él: murió confesado y en paz.

Así, los dejo con la parábola del padre misericordioso, una vez que nos hemos «situado» en ese momento en que el hijo se siente sucio y revestido, pecador dignificado, avergonzado de sí y orgulloso de su padre. El signo para saber si uno está bien situado son las ganas de ser misericordioso con todos en adelante. Ahí está el fuego que vino a traer Jesús a la tierra, ese que enciende otros fuegos. Si no se prende la llama, es que alguno de los polos no permite el contacto. O la excesiva vergüenza, que no «pela los cables» y, en vez de confesar abiertamente «hice esto y esto», se tapa; o la excesiva dignidad, que toca las cosas con guantes.

Los excesos de la misericordia

El único exceso ante la excesiva misericordia de Dios es excederse en recibirla y en desear comunicarla a los demás. El Evangelio nos muestra muchos lindos ejemplos de los que se exceden para recibirla: el paralítico, cuyos amigos lo hacen entrar por el techo en medio del sitio donde estaba predicando el Señor; el leproso, que deja a sus nueve compañeros y regresa glorificando y dando gracias a Dios a grandes voces y va a ponerse de rodillas a los pies del Señor; el ciego Bartimeo, que logra detener a Jesús con sus gritos; la mujer hemorroisa, que en su timidez se las ingenia para lograr una estrecha cercanía con el Señor y que, como dice el Evangelio, cuando tocó el manto, el Señor sintió que salía de él una *dynamis*…; todos son ejemplos de ese contacto que enciende un fuego y desencadena la dinámica, la fuerza positiva de la misericordia. También está la pecadora, cuyas excesivas muestras de amor al Señor al lavarle los pies con sus lágrimas y secárselos con sus cabellos, son para el Señor signo de que ha recibido mucha misericordia, y por eso lo expresa así. La gente más simple, los pecadores, los enfermos, los endemoniados…, son exaltados inmediatamente por el Señor, que los hace pasar de la exclusión a la inclusión plena, de la distancia a la fiesta. Esta es la expresión: la misericordia nos hace pasar «de la distancia a la fiesta». Y esto no se entiende si no es en clave de esperanza, en clave apostólica, en clave del que es misericordiado para misericordiar.

Podemos terminar rezando, con el Magnificat de la misericordia, el Salmo 50 del rey David, que recitamos en los laudes todos los viernes. Es el Magnificat de «un corazón contrito y humillado» que, en su pecado, tiene la grandeza de confesar al Dios fiel que es más grande que el pecado. Situados en el momento en que el hijo pródigo esperaba un trato distante y, en cambio, el padre lo metió de lleno en una fiesta, podemos imaginarlo rezando el Salmo 50. Y rezarlo a dos coros con él. Podemos escucharlo cómo dice: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa…». Y nosotros decir: «Pues yo (también) reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado». Y a una voz, decir: «Contra ti, Padre, contra ti solo pequé».

Rezamos desde esa tensión íntima que enciende la misericordia, esa tensión entre la vergüenza que dice: «Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa»; y esa confianza que dice: «Rocíame con el hisopo y quedaré limpio, lávame; quedaré más blanco que la nieve». Confianza que se vuelve apostólica: «Devuélveme la alegría de la salvación, afiánzame con espíritu firme y enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti».

SEGUNDA MEDITACIÓN

(Santa María la Mayor, Roma)

Después de haber rezado por la "dignidad avergonzada" y la "vergüenza digna", que es el fruto de la misericordia, sigamos adelante en esta meditación sobre el "receptáculo de la Misericordia". Es sencilla. Podría decir una frase e irme, porque es una sola: el receptáculo de la Misericordia es nuestro pecado. Es tan simple. Sin embargo, a menudo sucede que nuestro pecado es como un colador, como una jarra agujereada de la cual se escurre la gracia en poco tiempo: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: me ha abandonado a mí, fuente de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua» (Jr 2,13). De ahí la necesidad que el Señor explicita a Pedro de «perdonar setenta veces siete». Dios no se cansa de perdonar, pero somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Dios no se cansa de perdonar, también cuando ve que su gracia pareciera que no termina de echar raíces fuertes en la tierra de nuestro corazón, que es camino duro, lleno de maleza y pedregoso. Es simplemente porque Dios no es pelagiano y por eso no se cansa de perdonar. Él regresa nuevamente a sembrar su misericordia y su perdón, y regresa y regresa y regresa…setenta veces siete.

Corazones recreados

Sin embargo, podemos dar un paso más en esta misericordia de Dios que es siempre «más grande que nuestra conciencia» de pecado. El Señor no sólo no se cansa de perdonarnos sino que renueva también el odre en que recibimos su perdón. Utiliza un odre nuevo para el vino nuevo de su misericordia, para que no sea como un vestido con remiendos ni un odre viejo. Y ese odre es su misericordia misma: su misericordia en cuanto experimentada en nosotros mismos y en cuanto la ponemos en práctica ayudando a otros. El corazón misericordiado no es un corazón emparchado sino un corazón nuevo, re-creado. Ese del que dice David: «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (Sal 50,12). Este corazón nuevo, re-creado, es un buen recipiente.

La liturgia expresa el alma de la Iglesia cuando nos hace decir esa hermosa oración: «Oh Dios, tú que maravillosamente creaste el universo, y más maravillosamente lo recreaste en la redención» (Vigilia Pascual, Oración después de la Primera Lectura). Por lo tanto, esta segunda creación es más maravillosa que la primera. Es un corazón que se sabe recreado gracias a la fusión de su miseria con el perdón de Dios y, por eso, «es un corazón misericordiado y misericordioso». Es así: experimenta los beneficios que la gracia tiene sobre su herida y su pecado, siente cómo la misericordia pacifica su culpa, inunda con amor su sequedad, reaviva

su esperanza. Por eso, cuando, al mismo tiempo y con la misma gracia, perdona al que tiene alguna deuda con él y se compadece de los que también son pecadores, esta misericordia arraiga en una tierra buena, en la que el agua no se escurre sino que da vida. En el ejercicio de esta misericordia que repara el mal ajeno, ninguno es mejor para ayudar a curarlo, que aquel que mantiene viva la experiencia de haber sido misericordiado. Mírate a ti mismo, recuerda tu historia, cuéntate tu historia y encontrarás tanta misericordia. Vemos cómo, entre los que trabajan en adicciones, los que se han rescatado suelen ser los que mejor comprenden, ayudan y exigen a los demás. Y el mejor confesor suele ser el que mejor se confiesa. Y podemos hacernos la pregunta: ¿cómo me confieso? Casi todos los grandes santos han sido grandes pecadores o, como santa Teresita, tenían conciencia de que era pura gracia preveniente el hecho de que no lo hubieran sido.

Así, el verdadero recipiente de la misericordia es la misma misericordia que cada uno ha recibido y le ha recreado el corazón; ese es el «odre nuevo» del que habla Jesús (cf. Lc 5,37), el «hueco sanado».

Nos situamos así en al ámbito del misterio del Hijo, de Jesús, que es la misericordia del Padre hecha carne. La imagen definitiva del receptáculo de la misericordia la encontramos a través de las llagas del Señor resucitado, imagen de la huella del pecado restaurado por Dios, que no se borra totalmente ni supura: es cicatriz, no herida purulenta. Las heridas del Señor. San Bernardo tiene dos sermones bellísimos sobre las heridas del Señor. Ahí, en las heridas del Señor encontramos la misericordia. Él es valiente, dice: ¿Te sientes perdido? ¿Te sientes mal? Entra ahí, en las entrañas del Señor y ahí encontrarás misericordia. En esa «sensibilidad» propia de las cicatrices, que nos recuerdan la herida sin doler mucho y la curación sin que se nos olvide la fragilidad, allí tiene su sede la misericordia divina: en nuestras cicatrices. Las heridas del Señor, que permanecen todavía, las ha llevado consigo: el cuerpo bellísimo, los moretones no están allí, pero las heridas ha querido llevarlas consigo. Y nuestras cicatrices. A todos nos sucede, cuando vamos al médico y tenemos algunas cicatrices, el médico nos dice: "¿Pero esto qué cosa era?". Miremos las cicatrices del alma: esto que has hecho Tú, con Tú misericordia, que has curado Tú… En la sensibilidad de Cristo resucitado que conserva sus llagas, no sólo en sus pies y en sus manos, sino que también su corazón es un corazón llagado, encontramos el sentido justo del pecado y de la gracia. Contemplando el corazón llagado del Señor nos espejamos en él. Se asemejan, nuestro corazón y el suyo, en que los dos están llagados y resucitados. Pero sabemos que el suyo era puro amor y quedó llagado porque aceptó ser vulnerado; el nuestro, en cambio, era pura llaga, que quedó sanada porque aceptó ser amada. En esa aceptación se forma el receptáculo de la Misericordia

Nuestros santos recibieron la Misericordia

Puede hacernos bien contemplar a otros que se dejaron recrear el corazón por la misericordia y mirar en qué «receptáculo» la recibieron.

Pablo la recibe en el receptáculo duro e inflexible de su juicio moldeado por la Ley. Su dureza de juicio lo impulsaba a ser un perseguidor. La misericordia lo transforma de tal manera que, a la vez que se convierte en un buscador de los más alejados, de los de mentalidad pagana, por otro lado es el más comprensivo y misericordioso para con los que eran como él había sido. Pablo deseaba ser considerado anatema con tal de salvar a los suyos. Su juicio se consolida «no juzgándose ni siquiera a sí mismo», dejándose justificar por un Dios que es más grande que su conciencia, apelándose a Jesucristo que es abogado fiel, de cuyo amor nada ni nadie lo puede separar. La radicalidad de los juicios de Pablo sobre la misericordia incondicional de Dios, que supera la herida de fondo, la que hace que tengamos dos leyes, (la de la carne y la del Espíritu), es tal porque es el recipiente de una mente susceptible a lo absoluto de la verdad, herida allí mismo donde la Ley y la Luz se convierten en trampa. La famosa «espina» que el Señor no le quita es el receptáculo en el que Pablo recibe la misericordia del Señor (cf. 2 Co 12,7).

Pedro recibe la misericordia en su presunción de hombre sensato. Era sensato, con la sensatez maciza y trabajada de un pescador, que sabe por experiencia cuándo se puede pescar y cuándo no. Es la sensatez del que, cuando se entusiasma con esto de caminar sobre las aguas y de tener pescas milagrosas y se excede en mirarse a sí mismo, sabe pedir ayuda al único que lo puede salvar. Este Pedro fue sanado en la herida más honda que puede haber, la de negar al amigo. Quizás el reproche de Pablo, cuando le echa en cara su doblez, tiene que ver con esto. Parecería que Pablo sentía que él había sido el peor «antes» de conocer a Cristo; pero Pedro lo fue después de conocerlo, lo negó… Sin embargo, ser sanado allí convirtió a Pedro en un Pastor misericordioso, en una piedra sólida sobre la cual siempre se puede edificar, porque es piedra débil que ha sido sanada, no piedra que en su contundencia lleva a tropezar al más débil. Pedro es el discípulo a quien más corrige el Señor en el Evangelio. ¡Es el más "golpeado"! Lo corrige constantemente, hasta aquel último: «A ti qué te importa, tú sígueme a mí» (Jn 21,22). La tradición dice que se le aparece de nuevo cuando Pedro está huyendo de Roma. El signo de Pedro crucificado cabeza abajo, es quizás el más elocuente de este receptáculo de una cabeza dura que, para ser misericordiada, se pone hacia abajo incluso al estar dando el testimonio supremo de amor a su Señor.

Pedro no quiere terminar su vida diciendo: «Yo ya aprendí la lección», sino diciendo: «Como mi cabeza nunca va a aprender, la pongo para aba-

jo». Arriba del todo, los pies que lavó el Señor. Esos pies son para Pedro el receptáculo por donde recibe la misericordia de su Amigo y Señor.

Juan será sanado en su soberbia de querer reparar el mal con fuego y terminará siendo ese que escribe «hijitos míos», y se parece a uno de esos abuelitos buenos que sólo hablan de amor, él, que era «el hijo del trueno» (Mc 3,17).

Agustín fue sanado en su nostalgia de haber llegado tarde a la cita: «Tarde te amé», y encontrará esa manera creativa de llenar de amor el tiempo perdido escribiendo sus Confesiones.

Francisco es misericordiado cada vez más en muchos momentos de su vida. Quizás el receptáculo definitivo, que se convirtió en llagas reales, haya sido, más que besar al leproso, desposarse con la dama pobreza y sentir a toda creatura como hermana, el tener que custodiar en silencio misericordioso a la Orden que había fundado. Francisco ve cómo sus hermanos se dividen tomando como bandera la misma pobreza. El demonio nos hace pelear entre nosotros defendiendo las cosas más santas pero «con mal espíritu».

Ignacio fue sanado en su vanidad, y si ese fue el recipiente, podemos vislumbrar lo grande que era ese deseo de vanagloria que se recreó en una tal búsqueda de la mayor gloria de Dios.

En el Diario de un cura rural, Bernanos nos relata la vida de un cura de pueblo, inspirándose en la vida del Santo Cura de Ars. Hay dos párrafos muy hermosos que narran los pensamientos íntimos del cura en los últimos momentos de su imprevista enfermedad: «Las últimas semanas que Dios me concederá de seguir sosteniendo la carga de la parroquia… trataré de obrar menos preocupado por el porvenir, trabajaré tan sólo para el presente. Esa especie de trabajo parece hecha a mi medida… Pues no tengo éxito más que en las cosas pequeñas. Y si he sido frecuentemente probado por la inquietud, tengo que reconocer que triunfo en las minúsculas alegrías». Un recipiente de la misericordia pequeñito tiene que ver con las minúsculas alegrías de nuestra vida pastoral, allí donde podemos recibir y ejercer la misericordia infinita del Padre en gestos pequeños.

El otro párrafo dice: «Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que soy. Odiarse es más fácil de lo que se cree. La gracia consiste en el olvidarse. Pero si todo orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo». Este es el recipiente: «amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de

los miembros dolientes de Jesucristo». Es un recipiente común, como un jarro viejo que podemos pedir prestado a los más pobres.

El «Cura Brochero», –¡de mi patria!– el beato argentino que pronto será canonizado, «se dejó trabajar el corazón por la misericordia de Dios». Su receptáculo terminó siendo su propio cuerpo leproso. Él, que soñaba con morir galopando, vadeando algún río de las sierras para ir a dar la unción a algún enfermo. Una de sus últimas frases fue: «No hay gloria cumplida en esta vida»; «yo estoy muy conforme con lo que ha hecho conmigo respecto a la vista y le doy muchas gracias por ello". La lepra lo había dejado ciego. "Cuando yo pude servir a la humanidad, me conservó íntegros y robustos mis sentidos. Hoy, que ya no puedo, me ha inutilizado uno de los sentidos del cuerpo. En este mundo no hay gloria cumplida, y estamos llenos de miserias».

Nuestras cosas muchas veces quedan a medias y, por eso, salir de sí es siempre gracia. Se nos concede «dejar las cosas» para que las bendiga y perfeccione el Señor. No tenemos que preocuparnos mucho de nosotros. Esto nos permite abrirnos a las penas y alegrías de nuestros hermanos. Era el cardenal Van Thuan el que decía que, en la cárcel, el Señor le había enseñado a distinguir entre «las cosas de Dios», a las que se había dedicado en su vida libre como sacerdote y obispo, y Dios mismo, al que se dedicaba estando encarcelado (cf. Cinco panes y dos peces, Ciudad Nueva 2000). Y así podremos continuar, con los santos, buscando como era el receptáculo de su misericordia. Pero ahora pasamos a la Virgen: ¡Estamos en su casa!

María como recipiente y fuente de Misericordia

Subiendo por la escalera de los santos, en esto de ir buscando los recipientes para la misericordia, llegamos a nuestra Señora. Ella es el recipiente simple y perfecto, con el cual recibir y repartir la misericordia. Su «sí» libre a la gracia es la imagen opuesta del pecado que llevó al hijo pródigo a la nada. Ella integra una misericordia a la vez muy suya, muy de nuestra alma y muy eclesial. Como dice en el Magníficat: se sabe mirada con bondad en su pequeñez y sabe ver cómo la misericordia de Dios alcanza a todas las generaciones. Ella sabe ver las obras que esa misericordia despliega y se siente «acogida», junto con todo Israel, por esa misericordia. Ella guarda la memoria y la promesa de la misericordia infinita de Dios para con su pueblo. El suyo es el Magníficat de un corazón íntegro, no agujereado, que mira la historia y a cada persona con su misericordia maternal.

En aquel rato a solas con María que me regaló el pueblo mexicano, mirando a nuestra Señora la Virgen de Guadalupe y dejándome mirar por ella, le pedí por ustedes, queridos sacerdotes, para que sean buenos curas.

Y en el discurso a los obispos les decía que había reflexionado largamente sobre el misterio de la mirada de María, sobre su ternura y su dulzura que nos infunde valor para dejarnos misericordiar por Dios. Quisiera ahora recordarles algunos «modos» de mirar que tiene nuestra Señora, especialmente a sus sacerdotes, porque a través de nosotros quiere mirar a su gente.

María nos mira de modo tal que uno se siente acogido en su regazo. Ella nos enseña que «la única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena, no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia» (Discurso a los obispos de México, 13 febrero 2016). Lo que sus pueblos buscan en los ojos de María es «un regazo en el cual los hombres, siempre huérfanos y desheredados, están en la búsqueda de un resguardo, de un hogar». Y eso tiene que ver con sus modos de mirar: el espacio que abren sus ojos es el de un regazo, no el de un tribunal o el de un consultorio «profesional». Si alguna vez notan que se les ha endurecido la mirada –por el trabajo, el cansancio, sucede a todos–, que cuando ven a la gente sienten fastidio o no sienten nada, vuelvan a mirarla a ella; mírenla con los ojos de los más pequeños de su gente, que mendiga un regazo, y ella les limpiará la mirada de toda «catarata» que no deja ver a Cristo en las almas, les curará toda miopía que vuelve borrosas las necesidades de la gente, que son las del Señor encarnado, y de toda presbicia que se pierde los detalles, «la letra chica» donde se juegan las realidades importantes de la vida de la Iglesia y de la familia. La mirada de María sana.

Otro «modo de mirar de María» tiene que ver con el tejido: María mira «tejiendo», viendo cómo puede combinar para bien todas las cosas que le trae su gente. Les decía a los obispos mexicanos que, «en el manto del alma mexicana, Dios ha tejido, con el hilo de las huellas mestizas de su gente, el rostro de su manifestación en la Morenita» (ibíd.) Un maestro espiritual enseña que lo que se dice de María de manera especial, se dice de la Iglesia de modo universal y de cada alma en particular (cf. Isaac de la Estrella, Sermón 51: PL 194, 1863). Al ver cómo tejió Dios el rostro y la figura de la Guadalupana en la tilma de Juan Diego podemos rezar contemplando cómo teje nuestra alma y la vida de la Iglesia. Dicen que no se puede ver cómo está «pintada» la imagen. Es como si estuviera estampada.

Me gusta pensar que el milagro no fue sólo «estampar o pintar la imagen con un pincel», sino que «se recreó el manto entero», se transfiguró de pies a cabeza, y cada hilo –esos que las mujeres aprenden a tejer desde pequeñas, y para las prendas más finas usan las fibras del corazón del maguey (la penca de la que se sacan los hilos)–, cada hilo que ocupó su

lugar fue transfigurado, asumiendo los detalles que brillan en su sitio y, entretejido con los demás, de igual manera transfigurados, hacen aparecer el rostro de nuestra Señora y toda su persona y lo que la rodea. La misericordia hace eso mismo, no nos «pinta» desde fuera una cara de buenos, no nos hace el photoshop, sino que, con los hilos mismos de nuestras miserias –¡con ellos!– y pecados –¡con ellos!–, entretejidos con amor de Padre, nos teje de tal manera que nuestra alma se renueva recuperando su verdadera imagen, la de Jesús. Sean, por tanto, sacerdotes «capaces de imitar esta libertad de Dios eligiendo cuanto es humilde para hacer visible la majestad de su rostro y de copiar esta paciencia divina en tejer, con el hilo fino de la humanidad que encuentren, aquel hombre nuevo que su país espera. No se dejen llevar por la vana búsqueda de cambiar de pueblo –es nuestra tentación: "Pediré al Obispo que me transfiera"–, como si el amor de Dios no tuviese bastante fuerza para cambiarlo» (Discurso a los obispos de México, 13 febrero 2016).

El tercer modo –en que mira la Virgen–, es el de la atención: María mira con atención, se vuelca toda y se involucra entera con el que tiene delante, como una madre cuando es todo ojos para su hijito que le cuenta algo. «Como enseña la bella tradición guadalupana, la Morenita custodia las miradas de aquellos que la contemplan, refleja el rostro de aquellos que la encuentran. Es necesario aprender que hay algo de irrepetible en cada uno de aquellos que nos miran en la búsqueda de Dios –no todos nos miramos del mismo modo–. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas". Un sacerdote que permanece impermeable a las miradas se ha encerrado en sí mismo.

"Custodiar en nosotros a cada uno de ellos, conservarlos en el corazón, resguardarlos. Sólo una Iglesia capaz de resguardar el rostro de los hombres que van a tocar a su puerta es capaz de hablarles de Dios". Si no eres capaz de cuidar el rostro de los hombres que tocan a la puerta, no serás capaz de hablarles de Dios. "Si no desciframos sus sufrimientos, si no nos damos cuenta de sus necesidades, nada podremos ofrecerles. La riqueza que tenemos fluye solamente cuando encontramos la poquedad de aquellos que mendigan, y dicho encuentro se realiza precisamente en nuestro corazón de pastores» (ibíd.). A sus obispos les decía que estén atentos a ustedes, sus sacerdotes, «que no los dejen expuestos a la soledad y al abandono, presa de la mundanidad que devora el corazón» (ibíd.). El mundo nos observa con atención pero para «devorarnos», para volvernos consumidores… Todos necesitamos ser mirados con atención, con interés gratuito, digamos.

«Ustedes estén atentos –les decía a los obispos– y aprendan a leer las miradas de sus sacerdotes, para alegrarse con ellos cuando sientan el gozo de contar cuanto "han hecho y enseñado" (Mc 6,30), y también para no echarse atrás cuando se sienten un poco rebajados y no puedan hacer otra

cosa que llorar porque "han negado al Señor" (cf. Lc 22,61-62), y también para sostener […], en comunión con Cristo, cuando alguno, abatido, saldrá con Judas "en la noche" (cf. Jn 13,30). En estas situaciones, que nunca falte la paternidad de ustedes, obispos, para con sus sacerdotes. Animen la comunión entre ellos; hagan perfeccionar sus dones; intégrenlos en las grandes causas, porque el corazón del apóstol no fue hecho para cosas pequeñas» (ibíd.)

Por último, ¿cómo mira María? María mira de modo «íntegro», uniendo todo, nuestro pasado, presente y futuro. No tiene una mirada fragmentada: la misericordia sabe ver la totalidad y capta lo más necesario. Como María en Caná, que es capaz de «compadecerse» anticipadamente de lo que acarreará la falta de vino en la fiesta de bodas y pide a Jesús que lo solucione, sin que nadie se dé cuenta, así toda nuestra vida sacerdotal la podemos ver como «anticipada por la misericordia» de María, que previendo nuestras carencias ha provisto todo lo que tenemos. Si algo de «vino bueno» hay en nuestra vida, no es por mérito nuestro sino por su «misericordia anticipada», esa que ya en el Magníficat canta cómo el Señor «miró con bondad su pequeñez» y «se acordó de su (alianza de) misericordia», una «misericordia que se extiende de generación en generación» sobre sus pobres y oprimidos (cf. Lc 1,46-55). La lectura que hace María es la de la historia como misericordia.

Podemos terminar rezando la Salve Regina en cuyas invocaciones late el espíritu del Magníficat. Ella es la Madre de la misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Y cuando ustedes sacerdotes tengan momentos oscuros, feos, cuando no sepan cómo arreglarse en lo más íntimo de su corazón, no digo solo "miren a la Virgen", eso deben hacerlo, pero: "vaya y déjense mirar por ella, en silencio, también adormeciéndose. Esto hará que en aquellos momentos feos, quizá con tantos errores cometidos y que los llevaron a este punto, toda esta suciedad se convertirá en depósito de misericordia. Déjense mirar por la Virgen. Sus ojos misericordiosos son los que consideramos el mejor recipiente de la misericordia, en el sentido de poder beber en ellos esa mirada indulgente y buena de la que tenemos sed como sólo se puede tener sed de una mirada. Esos ojos misericordiosos son también los que nos hacen ver las obras de la misericordia de Dios en la historia de los hombres y descubrir a Jesús en sus rostros. En ella encontramos la tierra prometida –el reino de la misericordia instaurado por nuestro Señor– que viene, ya en esta vida, después de cada destierro al que nos arroja el pecado. Tomados de su mano y aferrados a su manto. En mi estudio tengo una bella imagen que me regaló el P. Rupnik, hecha por él, de la "Synkatabasis": es ella que hace descender a Jesús y sus manos son como gradas. Pero lo que me gusta más es que Jesús en una mano tiene la plenitud de la ley y con la otra se aferra al manto de la Virgen: también Él se aferró al manto de María. Y la tradición rusa, los monjes, los

viejos monjes rusos nos dicen que en las turbulencias espirituales debemos refugiarnos en el manto de la Virgen. La primera antífona mariana de Occidente es esta: "Sub tuum praesidium". El manto de María. No tener vergüenza. No hacer grandes discursos, estar ahí y dejarse cubrir, dejarse mirar. Y llorar. Cuando encontramos un sacerdote que es capaz de esto, de andar donde la Madre y llorar, con tantos pecados, puedo decir: es un buen sacerdote, porque es un buen hijo. Será un buen padre. Tomados por ella de la mano y bajo su mirada podemos cantar con alegría las grandezas del Señor.

Podemos decirle: Mi alma te canta, Señor, porque miraste con bondad la humildad y pequeñez de tu servidor. Feliz de mí, que he sido perdonado. Tu misericordia, la que practicaste con todos tus santos y con todo tu pueblo fiel, también me ha alcanzado a mí. He andado disperso, buscándome a mí mismo, por la soberbia de mi corazón, pero no he ocupado ningún trono, Señor, y mi única gloria es que tu Madre me tome en brazos, me cubra con su manto y me ponga junto a su corazón. Quiero ser amado por ti como uno más de los más humildes de tu pueblo, colmar con tu pan a los que tienen hambre de ti. Acuérdate, Señor, de tu alianza de misericordia con tus hijos, los sacerdotes de tu pueblo.

Que con María seamos signo y sacramento de tu misericordia.

TERCERA MEDITACIÓN

(San Pablo Extramuros, Roma)

Esperemos que el Señor nos conceda esto que hemos pedido en la oración: imitar el ejemplo de la paciencia de Jesús y con la paciencia ir adelante afrontando las dificultades. Esta tercera meditación tiene como título "El buen olor de Cristo y la luz de su misericordia".

En nuestro tercer encuentro les propongo meditar con las obras de misericordia, ya sea tomando alguna de ellas, la que más sintamos ligada a nuestro carisma, ya sea contemplándolas todas juntas, viéndolas con los ojos misericordiosos de nuestra Señora, que nos hacen descubrir «el vino que falta» y nos alientan a «hacer todo lo que Jesús nos diga» (cf. Jn 2,1-12), para que su misericordia obre los milagros que nuestro pueblo necesita.

Las obras de misericordia están muy ligadas a los «sentidos espirituales». Al rezar pedimos la gracia de «sentir y gustar» el Evangelio de tal manera que nos sensibilice para la vida. Movidos por el Espíritu, guiados por Jesús, podemos ver ya de lejos con ojos de misericordia al que está caído al lado del camino, podemos escuchar los gritos de Bartimeo; podemos notar cómo el Señor siente en el borde de su manto el toque tímido pero

decidido de la hemorroísa; podemos pedir la gracia de gustar con él en la cruz el sabor amargo de la hiel de todos los crucificados, para sentir así el fuerte olor de la miseria –en hospitales de campaña, en trenes y en barcones repletos de gente–; ese olor que no tapa el aceite de la misericordia, sino que al ungirlo hace que se despierte una esperanza.

El Catecismo de la Iglesia Católica, hablando de las obras de misericordia, nos cuenta que santa Rosa de Lima, el día en que su madre la reprendió por atender en la casa a pobres y enfermos, ella le contestó: «Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, somos buen olor de Cristo» (n. 2449). Ese buen olor de Cristo –el cuidado de los pobres– es distintivo de la Iglesia, siempre lo ha sido. Pablo centró en esto su encuentro con «las columnas», como él les llama, con Pedro, Santiago y Juan. Ellos «sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres» (Ga 2,10). Para mí, esto lo he dicho muchas veces. Apenas elegido Papa, mientras continuaba el escrutinio, se acercó a mí un hermano cardenal que me ha abrazado y me ha dicho: "no te olvides de los pobres". El primer mensaje que el Señor me ha hecho llegar en ese momento. El Catecismo dice también, de manera sugestiva, que «los oprimidos por la miseria son objeto de un amor de preferencia por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos» (n. 2448). Y esto sin ideologías, solamente por la fuerza del Evangelio.

En la Iglesia hemos tenido y tenemos muchas cosas no tan buenas, y muchos pecados, pero en esto de servir a los pobres con obras de misericordia, siempre hemos seguido como Iglesia al Espíritu, y nuestros santos lo hicieron de manera muy creativa y eficaz. El amor a los pobres ha sido el signo, la luz que hace que la gente glorifique al Padre. Nuestro pueblo valora esto: al cura que cuida a los más pobres, a los enfermos, que perdona a los pecadores, que enseña y corrige con paciencia… Nuestro pueblo perdona a los curas muchos defectos, salvo el de estar apegados al dinero. Y no es tanto por la riqueza en sí, sino porque el dinero nos hace perder la riqueza de la misericordia. Nuestro pueblo olfatea qué pecados son graves para el pastor, cuáles matan su ministerio porque lo convierten en un funcionario o, peor aún, en un mercenario, y cuáles son en cambio, no diría que pecados secundarios, pero sí pecados que se pueden sobrellevar, cargar como una cruz, hasta que el Señor los purifique al final, como hará con la cizaña. Sin embargo, lo que atenta contra la misericordia es una contradicción principal. Atenta contra el dinamismo de la salvación, contra Cristo que «se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Co 8,9). Y esto es así porque la misericordia cura «perdiendo algo de sí»: un jirón del corazón se queda con el herido, un tiempo de nuestra vida lo perdemos para lo que teníamos ganas de hacer cuando se lo regalamos al otro.

Por eso, no se trata de que Dios tenga misericordia mí en alguna falta, como si en el resto yo fuera autosuficiente, que de vez en cuando yo realice algún acto particular de misericordia con algún necesitado. La gracia que pedimos en esta oración es la de dejarnos misericordiar por Dios en todos los aspectos de nuestra vida y de ser misericordiosos con los demás en todo nuestro actuar. Para nosotros, sacerdotes y obispos, que trabajamos con los sacramentos bautizando, confesando, celebrando la Eucaristía…, la misericordia es la manera de convertir toda la vida del Pueblo de Dios en sacramento. Ser misericordioso no es sólo un modo de ser, sino el modo de ser. No hay otra posibilidad de ser sacerdote. El Cura Brochero, que este año si Dios quiere será canonizado, decía: «El sacerdote que no tiene mucha lástima de los pecadores es medio sacerdote. Estos trapos benditos que llevo encima no son los que me hacen sacerdote; si no llevo en mi pecho la caridad, ni a cristiano llego».

Ver lo que falta para poner remedio inmediatamente y, mejor aún, preverlo, es propio de la mirada de un padre. Esta mirada sacerdotal –del que hace las veces del padre en el seno de la Iglesia Madre–, que nos lleva a ver a los hombres en clave de misericordia, es la que se debe enseñar a cultivar desde el seminario y debe alimentar todos los planes pastorales. Queremos, y le pedimos al Señor, una mirada que aprenda a discernir los signos de los tiempos en clave de «qué obras de misericordia están necesitando hoy nuestros pueblos», para poder sentir y gustar al Dios de la historia que camina en medio de ellos. Porque, como dice Aparecida citando a San Alberto Hurtado, «en nuestras obras, nuestro pueblo sabe que comprendemos su dolor» (n. 386). En nuestras obras.

La prueba de esta comprensión de nuestros pueblos es que en nuestras obras de misericordia siempre somos bendecidos por Dios y encontramos ayuda y colaboración en nuestra gente. No así para otro tipo de proyectos, que a veces van bien y otras no, sin que algunos se den cuenta de por qué no funciona y se rompan la cabeza buscando un nuevo, enésimo, plan pastoral, cuando uno podría decir sencillamente: no funciona porque le falta misericordia, sin necesidad de entrar en detalles. Si no es bendecido es porque le falta misericordia. Falta esa misericordia que tiene que ver más con un hospital de campaña que con una clínica de lujo, esa misericordia que, valorando algo bueno, siembra un futuro para encuentro de la persona con Dios, en vez de alejarla con una crítica puntual…

Les propongo una oración con la pecadora perdonada (Jn 8,3-11), para pedir la gracia de ser misericordiosos en la confesión, y otra sobre la dimensión social de las obras de misericordia.

Siempre me conmueve el pasaje del Señor con la mujer adúltera: como cuando no la condenó, el Señor «faltó» a la ley; en ese punto en que le pedían que se definiera –«¿hay que apedrearla o no?»–, no se definió, no

aplicó la ley. Se hizo el sordo y, en ese momento, les salió con otra cosa. Inició así un proceso en el corazón de la mujer que necesitaba aquellas palabras: «Yo tampoco te condeno». Con la mano tendida la puso en pie, y esto le permitió que se encontrara con una mirada llena de dulzura que le cambió el corazón. El Señor tiende la mano a la hija de Jairo: "Denle de comer". A esta pecadora le dice "álzate". El Señor está donde Dios ha querido que el hombre esté, de pie.

A veces me da una mezcla de pena e indignación cuando alguno se apura a poner en claro la última recomendación, el «no peques más». Y utiliza esta frase para «defender» a Jesús y que no quede como uno que se saltó la ley. Pienso que las palabras que utiliza el Señor forman un todo con sus acciones. El hecho de agacharse para escribir en tierra dos veces, pausando lo que les dice a los que quieren apedrear a la mujer y luego lo que le dice a ella, nos habla de un tiempo que el Señor se toma para juzgar y perdonar. Un tiempo que remite a cada uno a su interioridad y hace que los que juzgan se retiren.

En su diálogo con la mujer, el Señor abre otros espacios: uno es el espacio de la no condena. El Evangelio insiste en este espacio que ha quedado libre. Nos sitúa en la mirada de Jesús y nos dice que «no ve a nadie alrededor sino sólo a la mujer». Y luego, Jesús mismo hace mirar alrededor a la mujer con su pregunta: «¿Dónde están los que te "categorizaban"?» (la palabra es importante, ya que habla de eso que tanto rechazamos, como es el que nos cataloguen o nos caricaturicen…). Una vez que la hace mirar ese espacio libre del juicio ajeno, le dice que él tampoco lo invade con sus piedras: «Yo tampoco te condeno». Y ahí mismo le abre otro espacio libre: «En adelante no peques más». El mandamiento se da para adelante, para ayudar a andar, para «caminar en el amor». Esta es la delicadeza de la misericordia que mira con piedad lo pasado y da ánimo para el futuro. Este «no peques más» no es algo obvio. El Señor lo dice «junto con ella», le ayuda a poner en palabras lo que ella misma siente, ese «no» libre al pecado, que es como el «sí» de María a la gracia. El «no» va dicho en relación a la raíz del pecado de cada uno. En la mujer se trataba de un pecado social, de alguien a la que se le acercaba la gente o para estar con ella o para apedrearla. Por eso, el Señor no sólo le despeja el camino, sino que la pone a caminar, para que deje de ser «objeto» de la mirada ajena, para que sea protagonista. El no pecar no se refiere sólo al aspecto moral, creo yo, sino a un tipo de pecado que no la deja hacer su vida. También le dice al paralítico de la piscina de Betesda: «No peques más» (Jn 5,14). Pero a este –que se justificaba con las cosas tristes que «le sucedían», que tenía una psicología de víctima– lo pincha un poco con eso de que «no sea que te suceda algo peor». Aprovecha el Señor su manera de pensar, aquello que teme, para sacarlo de su parálisis. Lo persuade con el susto, digamos. Así, cada uno tenemos que escuchar este «no peques más» de manera honda, personal».

Esta imagen del Señor que pone a caminar a la gente, es muy suya. Él es el Dios que se pone a caminar con su pueblo, que lleva adelante y acompaña nuestra historia. Por eso el objeto al que se dirige, la misericordia, es muy preciso, es hacia aquello que hace que un hombre o una mujer no caminen en su lugar con los suyos, a su ritmo, hacia donde Dios lo invita a andar.

La pena, lo que conmueve, es que uno se pierda o se quede atrás, o se pase de vivo, que esté desubicado, digamos, o no esté a mano para el Señor, disponible para lo que Él quiera mandar, que uno no camine humildemente en presencia del Señor, que no camine en la caridad.

Ahora pasamos al espacio del confesionario, donde la verdad nos hace libres.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos hace ver el confesionario como un lugar en el que la verdad nos hace libres para un encuentro: «Cuando celebra el sacramento de la Penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, el del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que es-pera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador» (n. 1465). Y nos recuerda que «el confesor no es dueño, sino el servidor del perdón de Dios. El ministro de este sacramento debe unirse a la intención y a la caridad de Cristo» (n. 1466).

Signo e instrumento de un encuentro. Eso somos. Atracción eficaz para un encuentro. Signo quiere decir que debemos atraer, como cuando uno hace señales para llamar la atención. Un signo debe ser coherente y claro, pero sobre todo comprensible. Porque hay signos que son claros sólo para los especialistas. Signo e instrumento. El instrumento se juega la vida en su eficacia, en estar a mano e incidir en la realidad de manera precisa, adecuada. Somos instrumento si de verdad la gente se encuentra con el Dios misericordioso. A nosotros nos toca «hacer que se encuentren», que queden frente a frente. Lo que después hagan ellos es cosa suya. Hay un hijo pródigo en el chiquero y un padre que sube todas las tardes a la terraza a ver si viene; hay una oveja perdida y un pastor que ha salido a buscarla; hay un herido tirado al borde del camino y un samaritano que tiene buen corazón. ¿Cuál es, pues, nuestro ministerio? Ser signo e instrumento de que estos se encuentren. Tengamos claro que nosotros no somos ni el padre, ni el pastor, ni el samaritano. Más bien estamos del lado de los otros tres, en cuanto pecadores. Nuestro ministerio tiene que ser signo e instrumento de ese encuentro. Por eso, nos situamos en el ámbito del misterio del Espíritu Santo, que es el que crea la Iglesia, el que hace la unidad, el que reaviva una y otra vez el encuentro.

La otra cosa propia de un signo y de un instrumento es su no autorreferencialidad, por decirlo en difícil. Nadie se queda en el signo una vez que comprendió la cosa; nadie se queda mirando el destornillador ni el martillo, sino que mira el cuadro que quedó bien fijado. Siervos inútiles somos. Esto es, instrumento y signo que fueron muy útiles para otros dos que se fundieron en un abrazo, como el padre con su hijo.

La tercera característica propia del signo y del instrumento es su disponibilidad. Que el instrumento esté a la mano, que el signo sea visible. La esencia del signo y del instrumento es ser mediadores. Quizás aquí está la clave de nuestra misión en este encuentro de la misericordia de Dios con el hombre. Es más claro probablemente usar un término negativo. San Ignacio hablaba de «no ser impedimento». Un buen mediador es el que facilita las cosas y no pone impedimentos. En mi tierra había un gran confesor, el padre Cullen, que se sentaba en el confesionario y hacía dos cosas: una era arreglar pelotas de cuero para los chicos que jugaban al fútbol, la otra era leer un gran diccionario chino. Él decía que, cuando la gente lo veía en actividades tan inútiles, como arreglar pelotas viejas, y tan a largo plazo, como leer un diccionario chino, pensaba: «Voy a acercarme a charlar un poco con este cura, ya que se ve que no tiene nada que hacer». Estaba disponible para lo esencial. Quitaba el impedimento de andar siempre con cara de muy ocupado.

Todos nosotros hemos conocido buenos confesores. Hay que aprender de nuestros buenos confesores, de aquellos a los que la gente se les acerca, los que no la espantan y saben hablar hasta que el otro cuenta lo que le pasa, como Jesús con Nicodemo. Si uno se acerca al confesionario es porque está arrepentido, ya hay arrepentimiento. Y si se acerca es porque tiene deseo de cambiar. O al menos deseo de deseo, si la situación le parece imposible (ad impossibilia nemo tenetur, nadie está obligado a hacer lo imposible).

Hay que aprender de los buenos confesores, los que tienen delicadeza con los pecadores y les basta media palabra para comprender todo, como Jesús con la hemorroísa, y ahí precisamente les sale la fuerza del perdón. La integridad de la confesión no es cuestión de matemáticas. A veces la vergüenza se cierra más ante el número que ante el nombre del pecado mismo. Pero para esto hay que dejarse conmover ante la situación de la gente, que a veces es una mezcla de cosas, de enfermedad, de pecado y de condicionamientos imposibles de superar, como Jesús, que se conmovía al ver a la gente, lo sentía en las entrañas, en las tripas y por eso curaba y curaba, aunque el otro «no lo pidiera bien», como aquel leproso, o diera vueltas como la Samaritana, que era como el tero: chillaba en un lado pero tenía el nido en otro.

Hay que aprender de los confesores que saben hacer que el penitente sienta la corrección dando un pasito adelante, como Jesús, que daba una

penitencia que bastaba, y sabía valorar al que volvía a dar gracias, al que daba para más. Jesús hacía tomar la camilla al paralítico, o se hacía rogar un poco por los ciegos o por la mujer sirofenicia. No le importaba si después no le hacían caso, como el paralítico de Betesda, o si contaban cosas que les había mandado que no contaran y luego parecía que el leproso era él, porque no podía entrar en los poblados o sus enemigos encontraban motivos para condenarlo. Él curaba, perdonaba, daba alivio, descanso, dejaba respirar a la gente un hálito del Espíritu consolador.

Conocí en Buenos Aires a un fraile capuchino –un poco menor que yo– que es un gran confesor. Siempre tiene delante del confesionario una fila, mucha gente; sí, más y más gente, todo el día confesando. Y él es un gran perdonador. Y perdona, pero, a veces, le agarran escrúpulos de haber perdonado mucho. Y entonces, una vez, charlando, me dijo: «A veces, tengo esos escrúpulos». Y yo le pregunté: «¿Y qué hacés cuando tenés esos escrúpulos?». «Voy delante del sagrario, lo miro al Señor, y le digo: "Señor, perdóname, hoy he perdonado mucho. Pero que quede claro, ¿eh?, que la culpa la tenés vos porque me diste el mal ejemplo"». La misericordia la mejoraba con más misericordia.

Por último, en esto de la confesión, dos consejos: Uno, no tengan nunca la mirada del funcionario, del que sólo ve «casos» y se los quita de encima. La misericordia nos libra de ser un cura juezfuncionario, digamos, que de tanto juzgar «casos» pierde la sensibilidad para las personas, para los rostros. La regla de Jesús es «juzgar como queremos ser juzgados». En esa medida intima que uno tiene para juzgar si lo trataron con dignidad, si lo ningunearon o lo maltrataron, si lo ayudaron a ponerse en pie… –fijémonos en que el Señor confía en esa medida que es tan subjetivamente personal– está la clave para juzgar a los demás. No tanto porque esa medida sea «la mejor», sino porque es sincera y, a partir de ella, se puede construir una buena relación. El otro consejo: No sean curiosos en el confesionario. Cuenta santa Teresita que, cuando recibía las confidencias de sus novicias, se cuidaba muy bien de preguntar cómo había seguido la cosa. No curioseaba el alma de la gente (cf. Historia de un alma, manuscrito C. A la madre Gonzaga, c. XI 32 r). Es propio de la misericordia «cubrir con su manto» el pecado para no herir la dignidad. Como los dos hijos de Noé, que cubrieron con el manto la desnudez de su padre, que se había emborrachado (cf. Gn 9,23).

Dimensión social de las obras de misericordia

Al final de los Ejercicios, san Ignacio pone la «contemplación para alcanzar amor», que conecta lo vivido en la oración con la vida cotidiana. Y nos hace reflexionar acerca de cómo el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras. Esas obras son las obras de misericordia, las

que el Padre «preparó de antemano para que las practicáramos» (Ef 2,10), las que el Espíritu inspira a cada uno para el bien común (cf. 1 Co 12, 7). A la vez que agradecemos al Señor por tantos beneficios recibidos de su bondad, pedimos la gracia de llevar a todos los hombres esa misericordia que nos ha salvado a nosotros.

Les propongo meditar con alguno de los párrafos finales de los Evangelios. Allí, el Señor mismo establece esa conexión entre lo recibido y lo que debemos dar. Podemos leer estos finales en clave de «obras de misericordia», que ponen en acto el tiempo de la Iglesia en el que Jesús resucitado vive, acompaña, envía y atrae nuestra libertad, que encuentra en él su realización concreta y renovada cada día.

Mateo nos dice que el Señor envía a los apóstoles y les dice: «Enseñen a guardar todo lo que yo les he mandado» (28,20). Este «enseñar al que no sabe» es en sí mismo una de las obras de misericordia. Y se multiplica como la luz en las demás obras: en las de Mateo 25, que tienen que ver más con las obras así llamadas corporales, y en todos los mandamientos y consejos evangélicos, de «perdonar», «corregir fraternalmente», consolar a los tristes, soportar las persecuciones…

Marcos termina con la imagen del Señor que «colabora» con los apóstoles y «confirma la Palabra con las señales que la acompañan» (cf. 16,20). Esas «señales» tienen la característica de las obras de misericordia. Marcos habla, entre otras cosas, de sanar a los enfermos y expulsar a los malos espíritus (cf. 16,17-18).

Lucas continúa su Evangelio con el libro de los «Hechos» –praxeis– de los apóstoles, narrando su modo de proceder y las obras que hacen, guiados por el Espíritu.

Juan termina hablando de las «otras muchas cosas» (21,25) o «señales» (20,30) que hizo Jesús. Los hechos del Señor, sus obras, no son meros hechos sino que son signos en los que, de manera personal y única en cada uno, se muestra su amor y su misericordia.

Podemos contemplar al Señor que nos envía a este trabajo con la imagen de Jesús misericordioso, tal como se le reveló a sor Faustina. En esa imagen podemos ver la Misericordia como una única luz que viene de la interioridad de Dios y que, al pasar por el corazón de Cristo, sale diversificada, con un color propio para cada obra de misericordia.

Las obras de misericordia son infinitas, cada una con su sello personal, con la historia de cada rostro. No son solamente las siete corporales y las siete espirituales en general. O más bien, estas, así numeradas, son como las materias primas –las de la vida misma– que, cuando las manos de la misericordia las tocan y las moldean, se convierten cada una de ellas en una obra artesanal. Una obra que se multiplica como el pan

en las canastas, que crece desmesuradamente como la semilla de mostaza. Porque la misericordia es fecunda e inclusiva. Es verdad que solemos pensar en las obras de misericordia de una en una, y en cuanto ligadas a una obra: hospitales para los enfermos, comedores para los que tienen hambre, hospederías para los que están en situación de calle, escuelas para los que tienen que educarse, el confesionario y la dirección espiritual para el que necesita consejo y perdón… Pero, si las miramos en conjunto, el mensaje es que el objeto de la misericordia es la vida humana misma y en su totalidad. Nuestra vida misma en cuanto «carne» es hambrienta y sedienta, necesitada de vestido, casa y visitas, así como de un entierro digno, cosa que nadie puede darse a sí mismo. Hasta el más rico, al morir, queda hecho una miseria y nadie lleva detrás, en su cortejo, el camión de la mudanza. Nuestra vida misma, en cuanto «espíritu», tiene necesidad de ser educada, corregida y alentada (consolada). Necesitamos que otros nos aconsejen, nos perdonen, nos aguanten y recen por nosotros. La familia es la que practica estas obras de misericordia de manera tan ajustada y desinteresada que no se nota, pero basta que en una familia con niños pequeños falte la mamá para que todo se quede en la miseria. La miseria más absoluta y crudelísima es la de un niño en la calle, sin papás, a merced de los buitres.

Hemos pedido la gracia de ser signo e instrumento, ahora se trata de «actuar», y no sólo de tener gestos sino de hacer obras, de institucionalizar, de crear una cultura de la misericordia. Puestos a obrar, sentimos inmediatamente que es el Espíritu el que moviliza y lleva adelante estas obras. Y lo hace utilizando los signos e instrumentos que desea, aunque a veces no sean los más aptos en sí mismos. Es más, se diría que para ejercitar las obras de misericordia el Espíritu elige más bien los instrumentos más pobres, los más humildes e insignificantes, los más necesitados ellos mismos de ese primer rayo de la misericordia divina. Estos son los que mejor se dejan formar y capacitar para realizar un servicio de verdadera eficacia y calidad. La alegría de sentirse «siervos inútiles», a los que el Señor bendice con la fecundidad de su gracia, y que él mismo en persona sienta a su mesa y les ofrece la Eucaristía, es una confirmación de estar trabajando en sus obras de misericordia.

A nuestro pueblo fiel le gusta unirse en torno a las obras de misericordia. Tanto en las celebraciones –penitenciales y festivas– como en la acción solidaria y formativa, nuestro pueblo se deja juntar y pastorear de una manera que no todos advierten ni valoran, aunque fracasen tantos otros planes pastorales centrados en dinámicas más abstractas. La presencia masiva de nuestro pueblo fiel en nuestros santuarios y peregrinaciones, presencia anónima, pero anónima por exceso de rostros y por el deseo de hacerse ver sólo por Aquel y Aquella que los miran con misericordia, así como por la colaboración también numerosa que, sosteniendo con su

trabajo tanta obra solidaria, debe ser motivo de atención, de valoración y de promoción por nuestra parte.

Como sacerdotes, pedimos dos gracias al Buen Pastor, la de saber dejamos guiar por el sensus fidei de nuestro pueblo fiel, y también por su «sentido del pobre». Ambos «sentidos» tienen que ver con su «sensus Christi», con el amor y la fe que nuestro pueblo tiene por Jesús.

Terminamos rezando el Alma de Cristo, que es una hermosa oración para pedir misericordia al Señor venido en carne, que nos misericordea con su mismo Cuerpo y Alma. Le pedimos que nos misericordee junto con su pueblo: a su alma, le pedimos «santifícanos», a su cuerpo, le suplicamos «sálvanos», a su sangre, le rogamos «embriáganos», quítanos toda otra sed que no sea de ti, al agua de su costado, le pedimos «lávanos»; a su pasión le rogamos «confórtanos», consuela a tu pueblo, Señor crucificado; en sus llagas suplicamos «hospédanos»… No permitas que tu pueblo, Señor, se aparte de ti. Que nada ni nadie nos separe de tu misericordia, que nos defiende de las insidias del enemigo maligno. Así podremos cantar las misericordias del Señor junto con todos tus santos cuando nos mandes ir a ti.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

(Plaza de San Pedro, Roma)

La celebración del Jubileo de los Sacerdotes en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús nos invita a llegar al corazón, es decir, a la interioridad, a las raíces más sólidas de la vida, al núcleo de los afectos, en una palabra, al centro de la persona. Y hoy nos fijamos en dos corazones: *el del Buen Pastor* y *nuestro corazón de pastores*.

El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra (cf. *Lc* 5,5).

El corazón del Buen Pastor nos dice que su amor no tiene límites, no se cansa y nunca se da por vencido. En él vemos su continua entrega sin algún confín; en él encontramos la fuente del amor dulce y fiel, que deja libre y nos hace libres; en él volvemos cada vez a descubrir que Jesús nos ama «hasta el extremo» (*Jn* 13,1) –no se detiene, sino hasta el final– sin imponerse nunca.

El corazón del Buen Pastor está inclinado hacia nosotros, «polarizado» especialmente en el que está lejano; allí apunta tenazmente la aguja de su brújula, allí revela la debilidad de un amor particular, porque desea llegar a todos y no perder a nadie.

Ante el Corazón de Jesús nace la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿A dónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros, los sacerdotes, debemos hacernos tantas veces, cada día, cada semana: ¿a dónde se orienta mi corazón? El ministerio está a menudo lleno de muchas iniciativas, que lo ponen ante diversos frentes: de la catequesis a la liturgia, de la caridad a los compromisos pastorales e incluso administrativos. En medio de tantas actividades, permanece la pregunta: ¿En dónde se fija mi corazón? Me viene a la memora aquella oración tan bella de la Liturgia: "*Ubi vera sunt gaudia…*". ¿A dónde apunta, cuál es el tesoro que busca? Porque –dice Jesús– «donde estará tu tesoro, allí está tu corazón» (*Mt* 6,21). Hay debilidades en todos nosotros, también pecados. Pero vayamos a lo profundo, a la raíz: ¿Dónde está la raíz de nuestras debilidades, de nuestros pecados, es decir dónde está precisamente aquel "tesoro" que nos aleja del Señor?

Los tesoros irremplazables del Corazón de Jesús son dos: el Padre y nosotros. Él pasaba sus jornadas entre la oración al Padre y el encuentro con la gente. No la distancia, el encuentro. También el corazón de pastor de Cristo conoce sólo dos direcciones: *el Señor* y la gente. El corazón del sacerdote es un corazón traspasado por el amor del Señor; por eso no se mira a sí mismo –no debería mirarse a sí mismo–, sino que está dirigido a Dios y a los hermanos. Ya no es un «corazón bailarín», que se deja atraer por las seducciones del momento, o que va de aquí para allá en busca de aceptación y pequeñas satisfacciones. Es, en cambio un corazón arraigado en el Señor, cautivado por el Espíritu Santo, abierto y disponible para los hermanos. Y allí resuelve sus pecados.

Para ayudar a nuestro corazón a que tenga el fuego de la caridad de Jesús, el Buen Pastor, podemos ejercitarnos en asumir en nosotros tres formas de actuar que nos sugieren las Lecturas de hoy: *buscar, incluir y alegrarse*.

Buscar. El profeta Ezequiel nos recuerda que Dios mismo busca a sus ovejas (cf. 34,11.16). Como dice el Evangelio, «va tras la descarriada hasta que la encuentra» (*Lc* 15,4), sin dejarse atemorizar por los riesgos; se aventura sin titubear más allá de los lugares de pasto y fuera de las horas de trabajo. Y no se hace pagar horas extras. No aplaza la búsqueda, no piensa: «Hoy ya he cumplido con mi deber, eventualmente me ocuparé mañana», sino que se pone de inmediato manos a la obra; su corazón está inquieto hasta que encuentra esa oveja perdida. Y, cuando la encuentra, olvida la fatiga y se la carga sobre sus hombros todo contento. A veces

debe salir a buscarla, a hablar; otras veces debe permanecer ante el tabernáculo, luchado con el Señor por aquella oveja.

Así es el corazón que busca: es un corazón que no privatiza los tiempos y espacios. ¡Ay de los pastores que privatizan su ministerio! No es celoso de su legítima tranquilidad –legítima, digo, ni siquiera de ella– y nunca pretende que no lo molesten. El pastor, según el corazón de Dios, no defiende su propia comodidad, no se preocupa de proteger su buen nombre, pero será calumniado, como Jesús. Sin temor a las críticas, está dispuesto a arriesgar con tal de imitar a su Señor. "Bienaventurados ustedes cuando los insultarán, los perseguirán…" (*Mt* 5,11).

El pastor según Jesús tiene el corazón libre para dejar sus cosas, no vive haciendo cuentas de lo que tiene y de las horas de servicio: no es un contable del espíritu, sino un buen Samaritano en busca de quien tiene necesidad. Es un pastor, no un inspector de la grey, y se dedica a la misión no al cincuenta o sesenta por ciento, sino con todo su ser. Al ir en busca, encuentra, y encuentra porque arriesga. Si el pastor no arriesga, no encuentra. No se queda parado después de las desilusiones ni se rinde ante las dificultades; en efecto, es *obstinado en el bien*, ungido por la divina obstinación de que nadie se extravíe. Por eso, no sólo tiene la puerta abierta, sino que sale en busca de quien no quiere entrar por ella. Y como todo buen cristiano, y como ejemplo para cada cristiano, siempre está *en salida de sí mismo*. El epicentro de su corazón está fuera de él: es un descentrado de sí mismo, centrado sólo en Jesús. No es atraído por su yo, sino por el tú de Dios y por el nosotros de los hombres.

Segunda palabra: *Incluir*. Cristo ama y conoce a sus ovejas, da la vida por ellas y ninguna le resulta extraña (cf. *Jn* 10,11-14). Su rebaño es su familia y su vida. No es un jefe temido por las ovejas, sino el pastor que camina con ellas y las llama por su nombre (cf. *Jn* 10, 3-4). Y quiere reunir a las ovejas que todavía no están con él (cf. *Jn* 10,16).

Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a ensuciarse las manos por todos.

El Buen Pastor no conoce los conoce. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino que siempre está

dispuesto para reinsertar y recomponer los litigios. Es un hombre que sabe *incluir*.

Alegrarse. Dios se pone «muy contento» (*Lc* 15,5): su alegría nace del perdón, de la vida que se restaura, del hijo que vuelve a respirar el aire de casa. La alegría de Jesús, el Buen Pastor, no es una alegría para *sí mismo*, sino *para los demás* y *con los demás*, la verdadera alegría del amor. Esta es también la alegría del sacerdote. Él es transformado por la misericordia que, a su vez, ofrece de manera *gratuita*. En la oración descubre el consuelo de Dios y experimenta que nada es más fuerte que su amor. Por eso está sereno interiormente, y es feliz de ser un canal de misericordia, de acercar el hombre al corazón de Dios. Para él, la tristeza no es lo normal, sino sólo pasajera; la dureza le es ajena, porque es pastor según el corazón suave de Dios.

Queridos sacerdotes, en la celebración eucarística encontramos cada día nuestra identidad de pastores. Cada vez podemos hacer verdaderamente nuestras las palabras de Jesús: «*Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*». Este es el sentido de nuestra vida, son las palabras con las que, en cierto modo, podemos renovar cotidianamente las promesas de nuestra ordenación. Les agradezco su «sí», y por los tantos «sí» escondidos de todos los días, que sólo el Señor conoce. Les agradezco por su «sí», para *dar la vida unidos a Jesús*: aquí está la fuente pura de nuestra alegría.

IV

DISCURSO EN LA APERTURA DEL CONGRESO ECLESIAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA

(Basílica de San Juan de Letrán, 16-6-2016)

Las cinco naves llenas. ¡Bien! Se ve que hay ganas de trabajar.

«*La alegría del amor: el camino de las familias en Roma*»: este es el tema de vuestra Asamblea diocesana. No comenzaré hablando de la Exhortación, ya que la misma será el tema a tratar en diversos grupos de trabajo. Quisiera recuperar junto con vosotros algunas ideas/tensiones-clave surgidas durante el camino sinodal, que nos pueden ayudar a comprender mejor el espíritu que se refleja en la Exhortación. Un documento que pueda orientar vuestras reflexiones y vuestros diálogos, y así «ofrezcan aliento, estímulo y ayuda a las familias en su entrega y en sus dificultades» (*AL*, 4). Y esta presentación de algunas ideas/tensiones-clave, me gustaría hacerla con tres imágenes bíblicas que nos permitan entrar en contacto con el paso del Espíritu en el discernimiento de los padres sinodales. Tres imágenes bíblicas.

1. «*Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada*» (*Ex* 3, 5). Esta fue la invitación de Dios a Moisés ante la zarza ardiente. El terreno por atravesar, los temas a afrontar en el Sínodo, necesitaban de una actitud determinada. No se trataba de analizar un tema cualquiera; no estábamos ante una situación cualquiera. Teníamos delante los rostros concretos de muchas familias. Y me he enterado que, en algunos grupos de trabajo, durante el Sínodo, los padres sinodales compartieron la propia realidad familiar. Dar un rostro a los temas –por decirlo así– exigía, y exige, un clima de respeto capaz de ayudarnos a escuchar lo que Dios nos está diciendo en el seno de nuestras situaciones. No un respeto diplomático o políticamente correcto, sino un respeto lleno de preocupaciones y preguntas honestas que se orientaban a la atención de las vidas que estamos llamados a pastorear. ¡Cuánto ayuda dar un rostro a los temas! Y, ¡cuánto ayuda darse cuenta que detrás de los papeles hay un rostro, cuánto ayuda! Nos libera de la prisa por obtener conclusiones bien formuladas pero muchas veces carentes de vida; nos libera del hablar en abstracto, para poder acercarnos y comprometernos con personas concretas. Nos protege de ideologizar la fe mediante sistemas bien estructurados pero que ignoran la gracia. Muchas veces nos convertimos en pelagianos. Y esto, se puede hacer sólo en un clima de fe. Es la fe que nos impulsa a no cansarnos de buscar la presencia de Dios en los cambios de la historia.

Cada uno de nosotros tuvo una experiencia de familia. En algunos casos brota la acción de gracias con mayor facilidad que en otros, pero todos hemos vivido esta experiencia. En ese contexto, Dios vino a nuestro encuentro. Su Palabra vino a nosotros no como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje que nos ha sostenido en medio del dolor, nos ha animado en la fiesta y nos ha indicado siempre la meta del camino (*AL*, 22). Esto nos recuerda que nuestras familias, las familias en nuestras parroquias con sus rostros, sus historias, con todas sus complicaciones no son un problema, son una oportunidad que Dios nos pone delante. Oportunidad que nos desafía a suscitar una creatividad misionera capaz de abrazar todas las situaciones concretas, en nuestro caso, de las familias romanas. No sólo de aquellas que vienen o están en las parroquias –esto sería fácil, más o menos–, sino poder llegar a las familias de nuestros barrios, a los que no vienen. Este encuentro nos desafía a no dar nada ni a nadie por perdido, sino a buscar, a renovar la esperanza de saber que Dios sigue actuando en el seno de nuestras familias. Nos desafía a no abandonar a nadie por no estar a la altura de lo que se le pide a él. Y esto nos impone salir de las declaraciones de principio para adentrarnos en el corazón palpitante de los barrios romanos y, como artesanos, disponernos a plasmar en esta realidad el sueño de Dios, cosa que pueden hacer sólo las personas de fe, las que no cierran el paso a la acción del Espíritu, y que se ensucian las manos. Reflexionar sobre la vida de nuestras familias, así como son y así como están, nos pide quitarnos el calzado para descubrir la

presencia de Dios. Esta es una primera imagen bíblica. Ir: allí está Dios. Dios que anima, Dios que vive, Dios que está crucificado… pero es Dios.

2. Ahora la segunda imagen bíblica. La del fariseo, cuando al rezar decía al Señor: «*¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano*» (*Lc* 18, 11). Una de las tentaciones (cf. *AL*, 229) a la cual estamos continuamente expuestos es tener una lógica separatista. Es interesante. Para defendernos, creemos que ganamos en identidad y en seguridad cada vez que nos diferenciamos o nos aislamos de los demás, especialmente de aquellos que están viviendo en una situación diversa. Pero la identidad no se hace con la separación: la identidad se hace con la pertenencia. Mi pertenencia al Señor: esto me da identidad. No separarme de los demás para que no me «contagien».

Considero necesario dar un paso importante: no podemos analizar, reflexionar, y menos todavía rezar, sobre la realidad como si nosotros estuviésemos en orillas o senderos diversos, como si estuviésemos fuera de la historia. Todos tenemos necesidad de convertirnos, todos tenemos necesidad de ponernos delante del Señor y renovar siempre de nuevo la alianza con Él y decir junto con el publicano: Dios mío, ten piedad de mí que soy pecador. Con este punto de partida, quedamos incluidos en la misma «parte» –no separados, incluidos en la misma parte– y nos ponemos ante el Señor con una actitud de humildad y de escucha.

Justamente, mirar a nuestras familias con la delicadeza con la que las mira Dios nos ayuda a poner nuestra conciencia en su misma dirección. Poner el acento en la misericordia nos sitúa ante la realidad de modo realista, pero no con un realismo cualquiera, sino con el realismo de Dios. Nuestros análisis son importantes, son necesarios y nos ayudarán a tener un sano realismo. Pero nada es comparable con el realismo evangélico, que no se queda en la descripción de las situaciones, de las problemáticas –menos aún del pecado–, sino que va siempre más allá y logra ver detrás de cada rostro, de cada historia, de cada situación, una oportunidad, una posibilidad. El realismo evangélico se compromete con el otro, con los demás y no hace de los ideales y del «deber ser» un obstáculo para encontrarse con los demás en las situaciones en las que están. No se trata de no proponer el ideal evangélico, no, no se trata de esto. Al contrario, nos invita a vivirlo dentro de la historia, con todo lo que ello comporta. Y esto no significa no ser claros en la doctrina, sino evitar caer en juicios y actitudes que no asumen la complejidad de la vida. El realismo evangélico se ensucia las manos porque sabe que «trigo y cizaña» crecen juntos, y el mejor trigo –en esta vida– estará siempre mezclado con un poco de cizaña. «Comprendo a aquellos que prefieren una pastoral más rígida que no dé lugar a algún tipo de confusión», los comprendo. «Pero creo sinceramente que Jesús quiere una Iglesia atenta

al bien que el Espíritu esparce en medio de la fragilidad: una Madre que, en el momento mismo en que expresa claramente su enseñanza objetiva, "no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de ensuciarse con el barro del camino"». Una Iglesia capaz de «asumir la lógica de la compasión hacia las personas frágiles y de evitar persecuciones o juicios demasiado duros e impacientes. El Evangelio mismo nos pide no juzgar y no condenar (cf. *Mt* 7, 1; *Lc* 6, 37)» (*AL*, 308). Y aquí hago un paréntesis. Llegó a mis manos –vosotros seguramente la conocéis– la imagen de ese capitel de la basílica de Santa María Magdalena de Vezelay, al sur de Francia, donde comienza el Camino de Santiago: por una parte está Judas, ahorcado, con la lengua afuera, y por otra parte del capitel está Jesús Buen Pastor que lo carga sobre los hombros, lo lleva consigo. Esto es un misterio. Pero estos medievales, que enseñaban la catequesis con las figuras, habían entendido el misterio de Judas. Y don Primo Mazzolari tiene un hermoso discurso, un Jueves santo, sobre esto, un hermoso discurso. Es un sacerdote no de esta diócesis, pero de Italia. Un sacerdote de Italia que entendió bien esta complejidad de la lógica del Evangelio. Y quien más se ensució las manos es Jesús. Jesús es quien más se ensució. No era alguien que buscaba estar «limpio», sino que iba a la gente, entre la gente y trataba a la gente como era, no como debía ser. Volvamos a la imagen bíblica: «Te doy gracias, Señor, porque soy de la Acción católica, o de esta asociación, o de Cáritas, o de este o de aquel…, y no como estos que viven en los barrios y son ladrones y delincuentes y…». Esto no ayuda en la pastoral.

3. Tercera imagen bíblica: «*Los ancianos tendrán sueños proféticos*» (cf. *Jl* 3, 1). Esa era una de las profecías de Joel para el tiempo del Espíritu. Los ancianos tendrán sueños y los jóvenes tendrán visiones. Con esta tercera imagen quisiera destacar la importancia que los Padres sinodales han dado al valor del testimonio como lugar en el cual se puede encontrar el sueño de Dios y la vida de los hombres. En esta profecía contemplamos una realidad inderogable: en los sueños de nuestros ancianos muchas veces reside la posibilidad de que nuestros jóvenes tengan nuevas visiones, tengan nuevamente un futuro –pienso en los jóvenes de Roma, de las periferias de Roma–, que tengan un mañana, una esperanza. Pero si el 40% de los jóvenes de menos de 25 años no tiene trabajo, ¿qué esperanza pueden tener? Aquí en Roma, ¿cómo encontrar el camino? Son dos realidades –los ancianos y los jóvenes– que van juntas y que una tiene necesidad de la otra, y están relacionadas. Es hermoso encontrar esposos, parejas, que siendo ancianos siguen buscándose, mirándose; siguen queriéndose y eligiéndose. Es tan bonito encontrar «abuelos» que muestran en sus rostros arrugados por el tiempo la alegría que nace de haber hecho una elección de amor y por amor. A Santa Marta vienen muchas parejas que cumplen 50, 60 años de matrimonio, y también a las audiencias del miércoles, y yo siempre los abrazo y les agradezco el

testimonio, y pregunto: «¿Quién de vosotros ha tenido más paciencia?». Y siempre dicen: «¡Los dos!". A veces, bromeando, uno dice: «¡yo!», pero luego dice: «No, no, es una broma». Y una vez dieron una respuesta muy bonita, creo que todos lo pensaban pero fue una pareja casada desde hace 60 años la que logró expresarla: «¡Aún estamos enamorados!». ¡Qué bonito! Son los abuelos que dan testimonio. Y yo siempre digo: hacedlo ver a los jóvenes, que se cansan rápido, que después de dos o tres años dicen: «Vuelvo con mi madre». ¡Los abuelos!

Como sociedad, hemos privado de su voz a nuestros ancianos –esto es un pecado social actual–, los hemos privado de su espacio; los hemos privado de la oportunidad de contarnos su vida, sus historias, sus experiencias. Los hemos acuartelado y así hemos perdido la riqueza de su sabiduría. Descartándolos, descartamos la posibilidad de entrar en contacto con el secreto que a ellos les permitió seguir adelante. Nos hemos privado del testimonio de cónyuges que no sólo han perseverado en el tiempo, sino que conservan en su corazón la gratitud por todo lo que han vivido (cf. *AL*, 38).

Esta ausencia de modelos, de testimonios, esta falta de abuelos, de padres capaces de narrar sueños no permite a las jóvenes generaciones «tener visiones». Y se quedan inmóviles. No les permite hacer proyectos, desde el momento que el futuro genera inseguridad, desconfianza, miedo. Sólo el testimonio de nuestros padres, ver que ha sido posible luchar por algo que valía la pena, les ayudará a elevar la mirada. ¿Cómo pretendemos que los jóvenes vivan el desafío de la familia, del matrimonio como un don, si nos escuchan continuamente decir que es un peso? Si queremos «visiones», dejemos que nuestros abuelos nos cuenten, que compartan sus sueños, para que podamos tener profecías del mañana. Y aquí quisiera detenerme un momento. Esta es la hora de alentar a los abuelos a soñar. Necesitamos los sueños de los abuelos, y escuchar estos sueños. La salvación viene de aquí. No por casualidad cuando al Niño Jesús lo llevan al Templo lo acogen dos «abuelos», que había contado sus sueños: aquel anciano [Simeón] había «soñado», el Espíritu le había prometido que vería al Señor. Esta es la hora –y no es una metáfora–, esta es la hora en la cual los abuelos deben soñar. Hay que impulsarlos a soñar, a que nos digan algo. Ellos se sienten descartados, cuando no se sienten despreciados. A nosotros nos gusta, en los programas pastorales, decir: «Esta la hora de la valentía», «esta es la hora de los laicos», «esta es la hora…». Pero si yo diría, ¡esta es la hora de los abuelos! «Pero, padre, usted retrocede, usted es preconciliar». Es la hora de los abuelos: que los abuelos sueñen, y los jóvenes aprenderán a profetizar, y a realizar con su fuerza, con su imaginación, con su trabajo, los sueños de los abuelos. Esta es la hora de los abuelos. Y sobre esto me gustaría mucho que os detuvierais en vuestras reflexiones, me gustaría mucho.

Tres imágenes, para leer *Amoris laetitia*:

1. La vida de cada persona, la vida de cada familia debe ser tratada con mucho respeto y mucha atención. Especialmente cuando reflexionamos sobre estas cosas.
2. Cuidarnos de poner en acción una pastoral de guetos y para los guetos.
3. Dejemos espacio a los ancianos para que vuelvan a soñar.

Tres imágenes que nos recuerdan cómo «la fe no nos aleja del mundo, sino que nos introduce más profundamente en él» (*AL*, 181). No como aquellos perfectos inmaculados que creen saberlo todo, sino como personas que han conocido el amor que Dios nos tiene (cf. *1 Jn* 4, 16). Y con esa confianza, con esa certeza, con mucha humildad y respeto, queremos acercarnos a todos nuestros hermanos para vivir la alegría del amor en la familia. Con esa confianza renunciamos a los «recintos» «que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura» (al, 308). Esto nos impone desarrollar una pastoral familiar capaz de *acoger*, *acompañar*, *discernir* e *integrar*. Una pastoral que permita y haga posible la estructura adecuada para que la vida que se nos confía encuentre el apoyo que necesita para desarrollarse según el sueño –permitidme el reduccionismo–, según el sueño del «más anciano»: según el sueño de Dios. Gracias.

[Al término del discurso, el Papa Francisco respondió a tres preguntas que surgieron del camino preparatorio de la asamblea diocesana y que le formularon un sacerdote y dos catequistas.]

Pregunta: *En la exhortación Evangelii gaudium, usted dice que el gran problema de hoy es el «individualismo cómodo y avaro», y en Amoris laetitia dice que hay que crear redes de relaciones entre las familias. Usa una expresión que en italiano suena incluso un poco mal: «la familia ampliada». Es necesaria una revolución de la ternura. También nosotros sentimos el virus del individualismo en nuestras comunidades. Necesitamos ayuda para crear esta red de relaciones entre las familias, capaz de romper la cerrazón y de volver a encontrarse.*

Respuesta: Es verdad que el *individualismo* es como el eje de esta cultura. Y este individualismo tiene muchos nombres, muchos nombres de raíz egoísta: se buscan siempre a sí mismo, no miran al otro, no miran a las demás familias… Se llega, a veces, a verdaderas crueldades pastorales. Por ejemplo, hablo de una situación que conocí cuando estaba en Buenos Aires: en una diócesis cercana, algunos párrocos no querían bautizar a los niños de las madres solteras. ¡Pero mira! Como si fuesen animales. Y esto es individualismo. «No, nosotros somos los perfectos, este es el cami-

no…». Es un individualismo que busca también el placer, es hedonista. Diría una palabra un poco fuerte, pero la digo entre comillas: ese «maldito bienestar» que nos ha hecho tanto mal. El bienestar. Hoy en día, Italia cuenta con una disminución terrible de nacimientos: está, creo, bajo cero. Pero esto comenzó con aquella cultura del bienestar, desde hace algunas décadas… Conocí a muchas familias que preferían –pero, por favor, no me acuséis los animalistas, porque no quiero ofender a nadie– tener dos o tres gatos, un perro, en lugar de un hijo. Porque tener un hijo no es fácil, y, luego, sacarle adelante… El desafío más grande con un hijo es el hecho de que tú formas a una persona que llegará a ser libre. El perro, el gato, te darán afecto, pero un afecto «programado», hasta un cierto punto, no libre. Tú tienes uno, dos, tres, cuatro hijos, que serán libres, y tendrán que ir por la vida con los riesgos de la vida. Este es el desafío que da miedo: la libertad. Y volvemos al individualismo: yo creo que nosotros tenemos *miedo a la libertad*. También en la pastoral: «Pero, ¿qué se dirá si hago esto?… Y, ¿se puede?…». Y tiene miedo. Pero tú tienes miedo: ¡arriésgate! En el momento en que estás allí, y tienes que decidir, ¡arriésgate! Si te equivocas, está el confesor, está el obispo, ¡pero arriésgate! Es como aquel fariseo: la pastoral de las manos limpias, todo limpio, todo en su sitio, todo hermoso. Pero fuera de este ambiente, cuánta miseria, cuánto dolor, cuánta pobreza, cuánta falta de oportunidad de desarrollo. Es un individualismo hedonista, es un individualismo que tiene miedo a la libertad. Es un individualismo –no sé si la gramática italiana lo permite– diría «que te enjaula»: te enjaula, no te deja volar libre. Y luego, sí, la *familia ampliada*. Es verdad, es una palabra que no siempre suena bien, pero según las culturas; la Exhortación la escribí en español… He conocido, por ejemplo, familias…

Precisamente el otro día, hace una o dos semanas, vino a presentar las credenciales el embajador de un país. Estaba el embajador, la familia y la señora que hacía la limpieza en su casa desde hacía muchos años: esta es una familia ampliada. Y esta mujer era de la familia: una mujer sola, y no sólo le pagaban bien, le pagaban según la ley, y cuando tuvieron que ir a presentar las credenciales al Papa: «tú vienes con nosotros, porque tú eres de la familia». Es un ejemplo. Esto es dar espacio a la gente. Y entre la gente sencilla, con la simplicidad del Evangelio, esa sencillez buena, hay ejemplos así, de ampliar la familia…

Y luego, la otra palabra-clave que tú has dicho, además del individualismo, del miedo a la libertad y del apego al placer, tú has dicho otra palabra: la *ternura*. Es la caricia de Dios, la ternura. Una vez, en un Sínodo, surgió esto: «Tenemos que hacer la revolución de la ternura». Y algunos padres –hace años– dijeron: «Pero no se puede decir esto, no suena bien». Pero hoy lo podemos decir: falta ternura, falta ternura. Acariciar no sólo a los niños, a los enfermos, acariciar todo, a los pecadores… Y hay bue-

nos ejemplos, de ternura… La ternura es un lenguaje válido para los más pequeños, para los que nada tienen: un niño conoce al papá y a la mamá por las caricias, luego la voz, pero es siempre la ternura. A mí me gusta escuchar cuando el papá o la mamá hablan al niño que empieza a hablar, también el papá y la mamá se hacen niños, *[repite las palabras]* hablan así… Todos lo hemos visto, es verdad. Esta es la ternura. Es abajarse al nivel del otro. Es el camino que hizo Jesús. Jesús no consideró un privilegio ser Dios: se abajó (cf. *Flp* 2, 6-7). Y habló nuestra lengua, habló con nuestros gestos. Y el camino de Jesús es el camino de la ternura. Esto, el hedonismo, el miedo a la libertad, esto es precisamente individualismo contemporáneo. Hay que salir a través del camino de la ternura, de la escucha, del acompañar, sin preguntar… Sí, con este lenguaje, con esta actitud las familias crecen: está la pequeña familia, luego la gran familia de los amigos o de los que vienen… No sé si he respondido, pero me parece que sí, me salió así.

Pregunta: *Nosotros sabemos que como comunidades cristianas no queremos renunciar a las exigencias radicales del Evangelio de la familia. ¿Cómo evitar que en nuestras comunidades surja una doble moral, una exigente y una permisiva, una rigorista y una laxista?*

Respuesta: Ambas no son la verdad: ni el rigorismo ni el laxismo son la verdad. El Evangelio elige otro camino. Por esto, aquellas cuatro palabras –*acoger, acompañar, integrar, discernir*– sin meter la nariz en la vida moral de la gente. Para vuestra tranquilidad, tengo que deciros que todo lo que está escrito en la Exhortación –y retomo las palabras de un gran teólogo que fue secretario de la Congregación para la doctrina de la fe, el cardenal Schönborn, que la presentó– todo es tomista, desde el inicio hasta el final. Es la doctrina segura. Pero nosotros queremos, muchas veces, que la doctrina segura tenga esa seguridad matemática que no existe, ni con el laxismo, de manga ancha, ni con la rigidez. Pensemos en Jesús: la historia es la misma, se repite. Jesús, cuando hablaba a la gente, la gente decía: «Este habla no como nuestros doctores de la ley, habla como uno que tiene autoridad» (cf. *Mc* 1, 22). Esos doctores conocían la ley, y para cada caso tenían una ley específica, para llegar al final a unos 600 preceptos. Todo calculado, todo. Y el Señor –la ira de Dios yo la veo en el capítulo 23 de Mateo, es terrible ese capítulo– a mí me impresiona, sobre todo, cuando habla del cuarto mandamiento y dice: «Vosotros, que en lugar de dar de comer a vuestros padres ancianos, les decís: "No, hice la promesa, es mejor el altar que vosotros", os contradecís» (cf. *Mc* 7, 10-13). Jesús era así, y fue condenado por odio, le ponían siempre trampas delante: «¿Se puede hacer esto o no se puede?». Pensemos en la escena de la adúltera (cf. *Jn* 8, 1-11). Está escrito: debe ser lapidada. Es la moral. Es clara. Y no rígida, esta no es rígida, es una moral clara. Debe ser lapidada. ¿Por qué? Por la sacralidad del matrimonio, de la fidelidad. Jesús en esto es claro. La palabra es

adulterio. Es claro. Y Jesús finge haciéndose pasar por tonto, deja pasar el tiempo, escribe en la tierra… Y luego dice: «Comenzad: el primero de vosotros que no tenga pecado, que tire la primera piedra». Jesús, en ese caso, no cumple la ley. Se marcharon todos, comenzando por los más ancianos. «Mujer, ¿nadie te ha condenado? Tampoco yo te condeno. La moral, ¿cuál es? Era lapidarla. Pero Jesús no cumple la ley, no cumple con la moral. Esto nos hace pensar que no se puede hablar de «rigidez», de «seguridad», de ser matemático en la moral, como la moral del Evangelio.

Luego, continuamos con las mujeres: cuando aquella señora o señorita [la Samaritana, cf. *Jn* 4, 1-27], no sé lo que era, comenzó a comportarse un poco como la «catequista» y a decir: «¿Hay que adorar a Dios en este monte o en aquel otro?…». Jesús le había dicho: «¿Y tu marido?…» –«No tengo marido». –«Has dicho la verdad». Y, en efecto, ella tenía muchas medallas de adulterio, muchas «condecoraciones»… Sin embargo, fue ella la primera en ser perdonada, fue la «apóstol» de Samaría. Y, entonces, ¿qué hay que hacer? Vayamos al Evangelio, vayamos a Jesús. Esto no significa tirar el agua sucia junto con el niño, no, no. Esto significa buscar la verdad; y que la moral es un acto de amor, siempre: amor a Dios, amor al prójimo. Es también un acto que deja espacio a la conversión del otro, no condena inmediatamente, deja espacio.

Una vez –hay muchos sacerdotes aquí, pero disculpadme– mi predecesor, no, el otro, el cardenal Aramburu, que murió después, cuando fui nombrado arzobispo me dio un consejo: «Cuando veas que un sacerdote vacila un poco, que está poco firme, tú llámalo y dile: "Hablemos un poco, me han dicho que tú estás en esta situación, casi de doble vida, no lo sé…"; y verás que ese sacerdote comienza a decir: "No, no es verdad, no…"; tú interrúmpelo y dile: "Escúchame: vete a casa, piénsalo, y vuelve dentro de quince días, y volvemos a hablar"; y en esos quince días ese sacerdote –así me decía él– tenía tiempo de pensar, de repensar ante Jesús y volver: repensar ante Jesús y volver: "Sí, es verdad. ¡Ayúdeme!"». Siempre se necesita tiempo. «Pero, padre, ese sacerdote ha vivido, y ha celebrado la misa, en pecado mortal en esos quince días, eso dice la moral, ¿qué dice usted?». ¿Qué es mejor? ¿Qué ha sido lo mejor? Que el obispo haya tenido esa generosidad de darle quince días para que lo vuelva a pensar, con el riesgo de celebrar la misa en pecado mortal, ¿es mejor esto o lo otro, la moral rígida?

Y respecto a la moral rígida, os contaré un hecho que he vivido. Cuando nosotros estábamos en teología, el examen para escuchar las Confesiones –«*ad audiendas*», se llamaba– se hacía en tercer año, pero nosotros, los de segundo, teníamos el permiso de estar presente para prepararnos; y una vez, a un compañero nuestro le propusieron un caso, de una persona que va a confesarse, pero un caso muy complicado, respecto al séptimo mandamiento, «*de justitia et jure*». Se trataba precisamente de un caso muy

irreal…, y este compañero, que era una persona normal, dijo al profesor: «Pero, padre, esto en la vida real no se ve». –«Sí, pero está en los libros». Esto lo he visto yo.

Pregunta: *Donde sea que vayamos, hoy escuchamos hablar de crisis del matrimonio. Y, entonces, le quería preguntar: ¿en qué debemos poner el acento hoy para educar a los jóvenes al amor, de modo particular al matrimonio sacramental, superando sus resistencias, su escepticismo, las disilusiones, el miedo a lo definitivo?*

Respuesta: Tomo la última palabra: nosotros vivimos también una cultura de lo provisional. A un obispo, he oído decir, hace algunos meses, se le presentó un joven que había acabado los estudios universitarios, un buen joven, y le dijo: «Quiero ser sacerdote, pero por diez años». Es la cultura de lo provisional. Y esto sucede por doquier, también en la vida sacerdotal, en la vida religiosa. Lo provisional. Y por esto una parte de nuestros matrimonios sacramentales son nulos, porque ellos [los esposos] dicen: «Sí, para toda la vida», pero no saben lo que dicen, porque tienen otra cultura. Lo dicen, y tienen buena voluntad, pero no son conscientes. Una señora, en una ocasión, en Buenos Aires, me regañó: «Vosotros sacerdotes sois listos, porque para ser sacerdotes estudiáis ocho años, y luego si las cosas no funcionan y el sacerdote encuentra una chica que le gusta… al final le dais el permiso de casarse y formar una familia. Y a nosotros laicos, que debemos recibir el sacramento indisoluble para toda la vida, nos hacen participar en cuatro encuentros, y esto para toda la vida». Para mí, uno de los problemas es este: la preparación al matrimonio.

Y luego la cuestión está muy relacionada con el hecho social. Recuerdo, llamé –aquí en Italia, el año pasado– a un joven que había conocido hace tiempo en Ciampino, y se casaba. Lo llamé y le dije: «Me dijo tu madre que te casarás el mes que viene… ¿Dónde te casas?…». –«Todavía no lo sabemos, porque estamos buscando la iglesia que se adapte al vestido de mi novia… Y luego tenemos que hacer muchas cosas: los detallitos de boda, y también buscar un restaurante que no esté lejos…». ¡Estas son las preocupaciones! Un acontecimiento social. ¿Cómo cambiar esto? No lo sé. Un acontecimiento social en Buenos Aires: yo prohibí celebrar matrimonios religiosos, en Buenos Aires, en los casos que nosotros llamamos «*matrimonios de apuro*», matrimonios «con prisa» [reparadores], cuando hay un niño en camino. Ahora están cambiando las cosas, pero lo que sucede es esto: socialmente debe estar todo en regla, llega el niño, celebramos el matrimonio. Yo prohibí hacer esto, porque no son libres, ¡no son libres! Tal vez se aman. Y he visto casos hermosos, en los cuales, después de dos o tres años, se casaron, y he visto entrar en la iglesia al papá, la mamá y al niño de la mano. Pero sabían bien lo que hacían. La crisis del matrimonio es porque no se sabe lo que es el sacramento, la belleza del sacramento: no se sabe que es indisoluble, no se sabe que es para toda la vida. Es difícil.

Otra experiencia que he tenido en Buenos Aires: los párrocos, cuando hacían los cursos de preparación, había siempre 12-13 parejas, no más, y así no llegaban a 30 personas. La primera pregunta que hacían: «¿Cuántos de vosotros conviven?». La mayor parte levantaba la mano. Prefieren convivir, y esto es un desafío, requiere un trabajo. No decir en primer lugar: «¿Por qué no te casas por la Iglesia?». No. Acompañarlos: esperar y hacer madurar. Y hacer madurar la fidelidad.

En la zona de campo argentina, en la parte del Noreste, hay una superstición: que los novios tienen el hijo, conviven. En el campo sucede esto. Luego, cuando el hijo tiene que ir a la escuela, hacen el matrimonio civil. Y luego, cuando son abuelos, hacen el matrimonio religioso. Es una superstición, porque dicen que hacer en primer lugar el matrimonio religioso asusta al marido. Tenemos que luchar también contra estas supersticiones. Sin embargo, digo de verdad que he visto mucha fidelidad en estas convivencias, mucha fidelidad; y estoy seguro que este es un matrimonio verdadero, tienen la gracia del matrimonio, precisamente por la fidelidad que se tienen.

Pero existen supersticiones locales. La pastoral del matrimonio es la pastoral más difícil.

Y luego, la paz en la familia. No sólo cuando discuten entre ellos, y el consejo es siempre no terminar el día sin hacer las paces, porque la guerra fría del día después es peor. Es peor, sí, es peor. Incluso cuando se mezclan los parientes, los suegros, porque no es fácil ser suegro o suegra. No es fácil. He oído una cosa hermosa, que les gustará a las mujeres: cuando una mujer se entera por la ecografía que está embarazada de un niño, desde ese momento comienza a estudiar para convertirse en suegra.

Vuelvo a hablar en serio: la preparación al matrimonio, se debe hacer con la cercanía, sin asustarse, lentamente. Es un camino de conversión, muchas veces. Hay chicos y chicas que tienen una pureza, un amor grande y saben lo que hacen. Pero son pocos. La cultura de hoy nos presenta a estos jóvenes, que son buenos, y debemos acercarnos y acompañarlos, acompañarlos, hasta el momento de la madurez. Y allí, que celebren el sacramento, pero con gozo, gozosos. Se necesita mucha paciencia, mucha paciencia. Es la misma paciencia que hay que tener para la pastoral de las vocaciones. Escuchar las mismas cosas, escuchar: el apostolado del oído, escuchar, acompañar… No asustarse, por favor, no asustarse. No sé si he respondido, pero te hablo de mi experiencia, de lo que he vivido como párroco.

V

HOMILÍA EN LA SANTA MISA Y BENDICIÓN DE LOS PALIOS PARA LOS NUEVOS ARZOBISPOS METROPOLITANOS EN LA SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Basílica Vaticana, 29-6-2016

La Palabra de Dios de esta liturgia contiene un binomio central: *cierre – apertura*. A esta imagen podemos unir el símbolo de las llaves, que Jesús promete a Simón Pedro para que pueda *abrir* la entrada al Reino de los cielos, y no *cerrarlo* para la gente, como hacían algunos escribas y fariseos hipócritas a los que Jesús reprende (cf. *Mt* 23, 13).

La lectura de los Hechos de los Apóstoles (12,1-11) nos presenta *tres encierros*: el de Pedro en la cárcel; el de la comunidad reunida en oración; y ?en el contexto cercano de nuestro pasaje? el de la casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde Pedro va a llamar después de haber sido liberado.

Con respecto a los encierros, *la oración* aparece como la principal vía de salida: salida de la comunidad, que corre el peligro de encerrarse en sí misma debido a la persecución y al miedo; salida para Pedro, que al comienzo de su misión que le había sido confiada por el Señor, es encarcelado por Herodes, y corre el riesgo de ser condenado a muerte. Y mientras Pedro estaba en la cárcel, «la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él» (*Hch* 12,5). Y el Señor responde a la oración y le envía a su ángel para liberarlo, «arrancándolo de la mano de Herodes» (cf. v. 11). La oración, como humilde abandono en Dios y en su santa voluntad, es siempre una forma de salir de nuestros encierros personales y comunitarios. Es la gran vía de salida de los encerramientos.

También *Pablo*, escribiendo a Timoteo, habla de su experiencia de liberación, la salida del peligro de ser, él también, condenado a muerte; en cambio, el Señor estuvo cerca de él y le dio fuerzas para que pudiera llevar a cabo su trabajo de evangelizar a los gentiles (cf. 2 *Tm* 4,17). Pero Pablo habla de una «apertura» mucho mayor, hacia un horizonte infinitamente más amplio: el de la vida eterna, que le espera después de haber terminado la «carrera» terrena. Es muy bello ver la vida del Apóstol *toda «en salida» gracias al Evangelio*: toda proyectada hacia adelante, primero para llevar a Cristo a cuantos no le conocen, y luego para saltar, por así decirlo, en sus brazos, y ser llevado por él que lo salvará llevándolo a su reino celestial.» (cf. v. 18).

Volvamos a *Pedro*. El relato Evangélico (*Mt* 16,13-19) de su profesión de fe y la consiguiente misión confiada por Jesús nos muestra que la vida

de Simón, pescador de Galilea ?como la vida de cada uno de nosotros? *se abre*, florece plenamente cuando acoge de Dios la gracia de la fe. Entonces, Simón se pone en el camino ?un camino largo y duro? que le llevará a *salir* de sí mismo, de sus seguridades humanas, sobre todo de su orgullo mezclado con valentía y con generoso altruismo. En este su camino de liberación, es decisiva *la oración* de Jesús: «yo he pedido por ti (Simón), para que tu fe no se apague» (*Lc* 22,32). Es igualmente decisiva *la mirada llena de compasión* del Señor después de que Pedro le hubiera negado tres veces: una mirada que toca el corazón y disuelve las lágrimas de arrepentimiento (cf. *Lc* 22,61-62). Entonces Simón Pedro *fue liberado de la prisión de su ego orgulloso, de su ego miedoso*, y superó la tentación de cerrarse a la llamada de Jesús a seguirle por el camino de la cruz.

Como ya he dicho, en el contexto inmediato del pasaje de los Hechos de los Apóstoles, hay un detalle que nos puede hacer bien resaltar (cf. 12.12-17). Cuando Pedro se encuentra milagrosamente libre, fuera de la prisión de Herodes, va a la casa de la madre de Juan, por sobrenombre Marcos. Llama a la puerta, y desde dentro responde una sirvienta llamada Rode, la cual, reconociendo la voz de Pedro, en lugar de abrir la puerta, incrédula y llena de alegría corre a contárselo a su señora. El relato, que puede parecer cómico ?y que puede dar inicio al así llamado «complejo de Rode»?, nos hace percibir el clima de miedo en el que vivía la comunidad cristiana, que permanecía encerrada en la casa, y cerrada también a las sorpresas de Dios. Pedro llama a la puerta. «Y fíjate», hay miedo, hay alegría, «¿abrimos?, ¿no abrimos?», mientras él está corriendo peligro, pues la policía puede cogerlo. Pero el miedo nos paraliza, nos paraliza siempre, nos cierra, nos cierra a las sorpresas de Dios Este particular nos habla de la tentación que existe siempre para la Iglesia: de *cerrarse en sí misma* de cara a los peligros. Pero incluso aquí hay un resquicio a través del cual puede pasar a la acción de Dios: dice Lucas que en aquella casa, «había muchos *reunidos en oración*» (v. 12). La oración permite a la gracia abrir una vía de salida: del cerramiento a la apertura, del miedo a la valentía, de la tristeza a la alegría. Y podemos añadir: *de la división a la unidad*. Sí, lo decimos hoy junto a nuestros hermanos de la delegación enviada por el querido Patriarca Ecuménico Bartolomé, para participar en la fiesta de los Santos Patronos de Roma. Una fiesta de comunión para toda la Iglesia, como pone de manifiesto la presencia de los Arzobispos Metropolitanos venidos para la bendición de Palios, que les serán impuestos por mis Representantes en sus respectivas sedes.

Que los santos Pedro y Pablo intercedan por nosotros, para que podamos hacer este camino con la alegría, experimentar la acción liberadora de Dios y testimoniarla a todos.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Mensajes

El Sagrado Corazón de Jesús, rostro de la misericordia de Dios 497
La importante tarea de educar 499
El palio arzobispal, signo de unidad y de la catolicidad de la Iglesia 501
Estamos de fiesta 503

Obispo emérito de Jaén

Solemnidad de San Pedro y San Pablo 505

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de junio 508

CURIA DIOCESANA

Visita Pastoral

Visita Pastoral a la Parroquia del Buen Pastor de Miranda de Ebro 510
Visita a la Unidad Pastoral de Hontoria del Pinar . 512

Toma de Posesión de los nuevos Vicarios

Agradecimiento al equipo saliente 515
Toma de posesión del nuevo equipo de Vicarios Episcopales 516
Reportaje gráfico del acto 519

Secretaría General

Órdenes Sagradas 521
Jubilación dentro de la seguridad del Clero 522
Carnet de sacerdote 522
Carta del Obispo de Canarias a nuestro Arzobispo . 522

Páginas

En la paz del Señor: Rvdo. D. Esteban Fuente Rodríguez y D. Valeriano Achiaga Fústel 523

SECCION PASTORAL E INFORMACION

Delegación de Medios de Comunicación

Noticias diocesanas 527

COMUNICADOS ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es . 540
Reunión de la Comisión Permanente de la CEE .. 540
Nombramiento de Obispo Auxiliar para Valencia . 542

Pontificio Consejo para la pastoral de Emigrantes e Itinerantes

Mensaje para la Jornada Mundial del Turismo 2016 543

Santo Padre

Dirección Internet: w2.vatican.van 546
Homilía en el Jubileo de los Diáconos 546
Jubileo de los sacerdotes: Meditaciones y Homilía . 548
Discurso en la apertura del Congreso Eclesial de la Diócesis de Roma 577
Homilía en la Solemnidad de San Pedro y San Pablo 588

Fotocomposición: Rico Adrados, S.L. Imprime: Rico Adrados, S.L.
Depósito legal: BU-90. – 1967
ISSN: 1885-2033